

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

EL AUDAZ
DON JUAN TENORIO

Drama en cinco actos y en verso,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO CARETA Y VIDAL




MADRID
HIJOS DE E. HIDALGO

Mayor, 16, entresuelo.

1897



EL AUDAZ DON JUAN TENORIO



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL AUDAZ DON JUAN TENORIO

Drama en cinco actos y en verso,

inspirado en lo que sobre el legendario personaje
han escrito grandes ingenios,
especialmente en lo que no ve el espectador en la obra
del inmortal Zorrilla.

SU AUTOR

D. ANTONIO CARETA Y VIDAL



Obra estrenada con aplauso el día 24 de Octubre de 1897
en el Teatro Principal de Barcelona
y reproducida con igual éxito el 6 de Noviembre en el coliseo existente
en Tarragona con igual nombre.



BARCELONA
Imp. de la INDUSTRIA, de Collazos y Tasis
Calle de Tallers, 6, 8 y 10
1898

Hecho el depósito que previene la ley, el autor se reserva cuantos derechos ella le concede, tanto en España y sus posesiones, como en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados de propiedad literaria. Así, pues, nadie sin la competente autorización podrá reimprimir ni traducir esta obra.

Para negar ó conceder permisos de representación, así como para el cobro de los correspondientes derechos, tienen encargo exclusivo los señores «**Hijos de E. Hidalgo**», dueños de la Administración Lírico-Dramática (Madrid, calle Mayor-16, entresuelo), ó los comisionados al efecto por dichos señores.

REPARTO

Personajes.

Actores.

	EN BARCELONA	EN TARRAGONA
D. Juan Tenorio.	D. Enrique Gimenez.	D. Federico Parreño.
D. Luis Mejía.	„ Ernesto Fernandez.	„ Federico Bassó.
D. ^a Ana de Pantoja.	D. ^a Leonor del Castillo.	D. ^a Adelina Sala.
D. ^a Inés de Ulloa.	„ Adela Clemente.	„ Dolores Delhom.
D. Gonzalo de Ulloa.	D. Antonio Serraclara.	D. Antonio Carnicero.
D. Diego Tenorio.	„ Vicente Barceló.	„ Rafael Massip.
Ciutti.	„ Jaime Capdevila.	„ Antonio Coll.
Brigida.	D. ^a Ana Monner.	D. ^a Luisa Rodriguez.
Orsino, fingido capitán Centellas.	D. Modesto Santolaria.	D. Miguel Pigrau.
Andrés.	Sr. Barceló.	„ Manuel Espinosa.
Avellaneda.	D. Ramón Casals.	Sr. Bassó.
Escultor.	„ Antonio Manso.	„ Massip.
Alcaide.	„ Francisco Llano.	D. Eduardo Blanca.
Espadachín 1. ^o	Sr. Manso.	„ Sebastián Grau.
» 2. ^o	D. Antonio Navarro.	Sr. Espinosa.
» 3. ^o	Sr. Casals.	D. Salvador Carrera.
» 4. ^o		
Criado de D. ^a Ana.		
Paje.	D. J. Riba.	„ Pedro Jimenez.
Alguacil 1. ^o	Sr. Navarro.	Sr. Blanca.
» 2. ^o		„ Carrera.

Carcelero, corchetes y espadachines.

LA ACCIÓN EN LA ÉPOCA DE CARLOS V.

ADVERTENCIA

Señálanse entre dos signos como el presente *, algunos de los trozos que fueron suprimidos en la primera representación, pero no quiere decir ello que deban forzosamente eliminarse; antes bien, el autor deja en libertad á los directores de escena para que, según las circunstancias de personal artístico de lugar, ó de tiempo, representen el todo íntegro y aun para que corten lo que les parezca conveniente, mientras no afecte á nada esencial de la obra.

TÍTULOS DE LOS CUADROS

Proemio.

La aurora y la tempestad.

Tigres cogidos.

Caballeros y rufianes.

La ponzoña del reptil.

El torrente desbordado.

Flores marchitas.

Festín siniestro.

A muerte!

Las tinieblas de la nada.

¡Luz!



PROEMIO (*)

Telón corto de jardín.

DON JUAN.

Heme otra vez aquí, digno auditorio.
Yo soy aquel que en el teatro brilla
por Tirso, por Molière y por Zorrilla,
yo soy don Juan Tenorio.

Al ponerme de nuevo en tu presencia,
te traigo este mensaje.
Quien me ha dado otro sér y otro lenguaje,
quiso hacer á estos génios reverencia,
emularlos jamás, que fuera ultraje
y más que ultraje, insólita demencia.
¿Quién pretende seguir el raudo vuelo
del águila caudal que llega al cielo?

Vió en mi leyenda bullidor torrente
que, desatado en caprichosa espuma,
imágenes evoca de repente
con que asalta, y abruma,
y enardece la mente
envolviéndola en mar de luz y bruma;
y, hallando en torno mío cuantas perlas
riquísimos ingenios desecharon,
que indignas de su númen las juzgaron,
se puso á recogerlas;

(*) Se ruega á los directores de escena que no supriman la representación de este proemio.

y, en afán que enloquece,
las ensartó á porfía
allá en su soñadora fantasía,
y así te las ofrece.

Luce aún entre escorias el diamante
y entre nubes el astro rutilante:
si en mi engaste mezquino
alguna perla brilla
de oriente peregrino,
gloria á Tirso y Molière! gloria á Zorrilla!
Otra cosa pedir, fuera ilusorio;
y, así, en la gloria de ellos escudado
y en tu hidalguía proverbial confiado,
te saluda EL AUDAZ DON JUAN TENORIO.





ACTO PRIMERO



Sala de estilo algo anterior á la época del drama. Una puerta en el foro y una ó dos más á la derecha del espectador. Balcones á la izquierda. Mesa grande con una arquilla encima, dos sillones y varias sillas, todo de sencillo aspecto, pero no exento de riqueza.

De cuando en cuando se oyen músicas que van y vienen.

ESCENA PRIMERA

INÉS, BRÍGIDA (1)

(Inés está haciendo labor. Brígida llega alborozada.)

BRÍ. Albricias!
INÉS ¿Qué maravilla
hoy te alborozas á tal punto?
BRÍ. Que vuestro novio presunto
ya está de vuelta en Sevilla.
INÉS ¿Don Juan Tenorio? (Con frialdad.)
BRÍ. Sí, tal.
¿Uniros con él no os place?
INÉS ¿Alguien sabe si un enlace
le traerá bien ó mal?
Con objeto de casarme
sé que del claustro salí;
aunque jamás conocí
á quien haya de entregarme.

(1) Durante este acto y los dos siguientes, Brígida debe presentar un tipo de vieja susceptible de ser recargado en el acto último. Usará anteojos claros y andará, aunque algo encorvada con relativa soltura y sin apoyo alguno

Dar á mi padre contento
quise yo en tal ocasión;
pero dejé el corazón
tras las rejas del convento.
Allí, mi primera edad
se deslizó con ventura,
y, hoy, más que cárcel oscura
me pesa la libertad.

BRÍ. Alejad melancolias.
Sois joven, noble y hermosa.

INÉS Brígida, cuán otra cosa
tú en el claustro me decías!
Que era un abismo profundo
toda mundana lisonja...

BRÍ. Una es la vida de monja
y otra la vida del mundo.
La profesa religiosa
á Dios se entrega sin tasa;
mas la mujer que se casa,
si quiere ser buena esposa,
debe poner grande empeño,
sin aparecer liviana,
en ser hermosa y galana
para hechizar á su dueño.
Salid al balcón un rato,
y veréis lo que hay que ver...
Se puede tomar placer
sin ofensa del recato.
Veréis, por calles y sendas,
disfraces graciosos... ¡Vamos!
¿Qué dudáis? Si nos hallamos
en plenas carnestolendas!
Músicas vienen y van,
bulle la ciudad en gente,
y hay quien vino expresamente
por ver á vuestro don Juan.

INÉS ¿Tan alto vuela su fama?
BRÍ. Como que á tal caballero
no resisten un acero
ni el corazón de una dama.

Hoy, desoyendo porfías,
para evitar sinsabores,
muchos padres y tutores
cerraron las celosías.

INÉS (Con temor) Le evitan, cual ángel malo!
BRÍ. No, por su gracia hechichera.
(Aparte y riendo con malicia.)
(Pobre niña! Si supiera...)
(Alto.) Aquí viene don Gonzalo.
(Aparece don Gonzalo.)

ESCENA II

INÉS, BRÍGIDA, D. GONZALO

INÉS (Levantándose.) Padre.
GON. Hija, qué porfía!
¿Cómo aquí tan apartada,
y á tu labor entregada?
BRÍ. Pues, señor, esa es la mía.
GON. Mal haces en trabajar
cuando todo está de fiesta.
INÉS El bullicio, me molesta
sin que lo pueda evitar.
GON. Achaques son de costumbre
en la que vivió encerrada.
BRÍ. Después, con exceso agrada
lo que antes dió pesadumbre.
GON. Pues, hija, de ambos extremos
nos manda huir la razón:
tras la ruda obligación,
el corazón ensanchemos,
que si el solaz viene á ser
alivio de cuerpo y alma,
el retiro, á su vez, calma
los hastíos del placer.
BRÍ. Además, yo le decía:
»cuando pretenden casaros,
»tenéis que regocijaros.
»no así mostraros tan fría.»
INÉS Don Juan, pese á tus razones, (A Brígida)
aún mi prometido no es.
GON. Bien dices con eso, Inés,
aún no es tiempo de ilusiones.
BRÍ. (Aparte y contrariada.)
No habrá novio, lo presiento,
Adiós, ganancia y jolgorio!
(Aparece el Paje.)

ESCENA III

INÉS, BRÍGIDA, D. GONZALO, PAJE.

PAJE. Señor, don Diego Tenorio.

GON. Dile que pase al momento.

(Señala á las mujeres que se retiren. Desaparecen ellas por una puerta lateral y el Paje por el fondo)

ESCENA IV

D. GONZALO, D. DIEGO

GON. Don Diego!

DIE. Comendador!

(Estrechándose las manos.)

GON. Cómo! Vos mi casa honráis?

DIE. No, que donde vos moráis
reside el más alto honor.

GON. Sentáos.

DIE. Vos... (Queriendo que primero se siente don
Gonzalo.)

GON. Sin cumplidos.

No os ofenda mi llaneza.

¿Procedamos con franqueza...?

¿Convenidos? (Sonriendo)

DIE. (Asintiendo.) Convenidos.

(Se sientan los dos á un tiempo.)

Adivinaréis, de fijo,
que me trae á visitaros
el deseo de anunciaros
el regreso de mi hijo.

GON. Sé que de Italia volvió.

Recibid mi parabién.

DIE. ¿Y cómo está Inés?

GON. Muy bien.

Ya del convento salió.

DIE. Entonces, pues, si os agrada,
os invito á terminar
lo que se empezó á tratar
de la boda proyectada.

- GON. ¿Por qué así tan en seguida?
Decídmelo sin rebozo.
- DIE. Arde en deseos, el mozo,
de ver á su prometida;
y, como es él bravo león
con un corazón de fuego,
quisiera envolverle luego
en esa dulce pasión.
- GON. Obremos con madurez.
- DIE. Cómo!
- GON. No es cosa liviana.
- DIE. Yo, á ser posible, mañana
los desposara, ¡pardiez!
- GON. (Reflexionando) ¿En semejante contienda,
un término se hallará?
- DIE. (Con altivez) Creo que no faltará
por honor ni por hacienda.
- GON. Don Diego, que me ofendéis
juzgándome codicioso
ó de vuestro honor dudoso!
- DIE. Por Dios, que me perdonéis.
- GON. Iguales los timbres nuestros
son como dos claros ríos;
vos no cedéis á los míos
y no cedo yo á los vuestros...
Que por nada esto os aflija
ni lo toméis á bravata.
- DIE. ¿Entonces, de qué se trata?
- GON. Del corazón de mi hija,
de aquel tesoro que, avaro
amo con amor profundo,
más que todo lo del mundo.
- DIE. Hablad, os ruego, más claro.
- GON. Me han dicho sí, por ventura,
en su fogosa carrera,
don Juan, tal vez cometiera.
alguna extraña locura.
¿Sabéis de ello?
- DIE. No, en verdad;
pero no fuera rareza
¿Quién no tuvo ligereza
durante su mocedad?
Y no creo hacerle ultraje
si de sus años infiero

que obrar pudo cual ligero
sin deshonrar su linaje.
Por eso yo, previniendo
á una edad que es peligrosa,
quiero darle pronto esposa;
mas vuestra razón comprendo..
Poco plazo os pido.

GON.

DIE.

Vos

decid cuál.

GON.

Tan solo un día

DIE.

(Levantándose.)

En vos mi amistad confía.

GON.

Podéis confiar. Id con Dios.

(Vase D. Diego)

ESCENA V

DON GONZALO

Si don Diego de repente
quiere casar á su hijo,
con su humor yo no transijo,
pues me toca ser prudente.
No expongo mi bien á azares:
no cedo á mi Inés querida
para verla, arrepentida,
derramar el llanto á mares.
Tal vez de aquellos rumores
se pueda coger el hilo.
Ay! yo zozobro, y vacilo,
y me pierdo en mil temores.
¿Serán verdad? Ahora mismo,
indagarlo me propongo;
si resultan ciertos, pongo,
entre ella y él, un abismo. (Vase por el foro)

ESCENA VI

INÉS, BRÍGIDA

INÉS

¿Salió?

Brí.

Sí, salió de casa. -

Lo vi bajar la escalera.

INÉS Algo muy grave le altera.

¿Qué será lo que le pasa?

BRÍ. Tal vez alguna impaciencia.

INÉS No distinguí lo que hablaban con don Diego; pero estaban, creo yo, en desavenencia.

No puede ser otra cosa.

BRÍ. Que será otra cosa os digo, y oísteis mal en castigo

del pecado de curiosa.

¿Cuando los dos tan enormes deseos de emparentar tienen, podrá sospechar nadie que estén desconformes?

Desechad ideas tales, y hablemos cosas mejores.

INÉS ¿De qué?

BRÍ. De vuestros amores.

INÉS O de mis ansias mortales.

BRÍ. ¿Qué decís?

INÉS De ello te digo que no espero nada bueno, sino que encierra el veneno que vendrá á acabar conmigo.

BRÍ. ¿Cómo esa boda, señora, creéis que vaya á perderos, cuando ya, sin conoceros, don Juan rendido os adora? Pensadlo bien y con calma, pues sé que si al galán véis, imposible es que dejéis de amarle con toda el alma

INÉS La más necia presunción tal no vaticinaría.

BRÍ. Llamadme necia; otro día ya me daréis la razón.

Voy de don Juan á contaros una cosa muy extraña...

Os parecerá patraña; empezad á santiguaros.

En un país extranjero...

INÉS (¿A dónde irás á parar?)

BRÍ. Empezó un viaje por mar

que le puso en trance fiero.
Tal fué desencadenarse
con furia los elementos,
y juguete de los vientos
muy pronto la nave hallarse.
Subiendo, las nubes toca:
baja, se hunde...

INÉS
BRÍ.

(Con horror.) Dios piadoso!
Y un embate poderoso
lo estrella contra una roca.
De aquella tripulación,
la mayor parte, se ahogaron;
pocos, muy pocos hallaron
en las tablas salvación.
Cuando hay tormenta, es costumbre
de que á ver el mar se vaya,
y, entonces, aquella playa,
se cubrió de muchedumbre.
Con los náufragos cumplían
los hombres santos deberes,
mientras todas las mujeres
por don Juan enloquecían.
Las más célebres beldades
le diéron tanta batalla...

INÉS

Basta ya, Brígida, calla,
no digas más necedades.

(Se oyen afuera murmullos que no cesan hasta después que
D. Juan ha aparecido.)

BRÍ.

¿Quién mueve tal confusión?

INÉS

¡Jesús! ¡cuánta gritaría!

BRÍ.

¿Qué será?

INÉS

Por vida mía,
míralo desde el balcón.

BRÍ.

(Asomada al balcón. Con alborozo.)

Entre apretado gentío,
(¿será verdad lo que ví?),
don Juan es que viene aquí.

INÉS

(Alarmada.) ¿A nuestra casa? ¡Dios mio!

BRÍ.

(Precipitándose hacia el foro.)

Don Juan, bien venido. Entrad.

INÉS

(Con viveza)

Mi padre está ausente ahora.

(Aparecen D. Juan y Ciutti, éste con un lujoso cofre debajo
del brazo.)

ESCENA VII

INÉS, BRÍGIDA, D. JUAN, CIUTTI.

JUAN

(Con galantería, entre enojado y risueño.)

Por un momento, señora,
os pido hospitalidad.
Sólo por vos, esta vez
no doy ejemplar castigo
á esa canalla soez
cuya admiración maldigo,
pues ofende á mi altivez.
Y me ha sido gran ventura
poder templar mis enojos,
ya que, así, leo segura
mi bienandanza futura
en vuestros divinos ojos.

Fortuna me ha sido veros,
pues si antes, imaginada,
vivía para quereros,
hoy, no quisiera perderos
por la cosa más preciada.

*Era un ideal de placer,
*y, al punto que se realiza,
*me siento desfallecer.

*¡Oh! ¿qué tendrá esta mujer
*que así me atrae y hechiza?

Aquí, á vuestros pies rendido,
en amorosa querella,
que me hagáis feliz os pido.

(Ciutti, que se habrá sentado al lado de Brígida, va arri-
mándosele, como galanteándola.)

CIU.

Y yo...

BRÍ.

(Rechazándole.) Aparte el atrevido,
que, aunque vieja, soy doncella.

JUAN

Por mi criado, al convento
una carta os remití;
supe que estábais aquí,
vine, y todo lo que siento
no es para dicho.

INÉS

(Con reprimida pasión.) ¡Ay de mí!

JUAN

Deseo, Inés de mi vida,

que vuestros labios de rosa
digan si es correspondida
mi pasión embravecida
que de su cauce rebosa.

Una respuesta os demando.
Sediento, febril, espero
el «¡sí!» dulcísimo, blando;
si decís que no, me muero...

¡Cuán triste es morir amando!

INÉS

Don Juan, no quiero mentiros.

Que, estando mi padre fuera,
acceda yo á recibiros

(lo que tal vez no debiera),
algo puede ya deciros.

Yo, siento mi corazón
palpitante, me fatigo
y se turba mi razón...

¡Oh! vos ejercéis conmigo
no sé qué fascinación.

JUAN

¡Mil veces bendito el hado
que me deparó la suerte!

De dicha me habéis colmado:
tras las ansias de la muerte,
vos me habéis resucitado.

No fascinación dañosa
para vos en mí se encierra;
es la atracción misteriosa,
que impulsa á toda la tierra
con fuerza maravillosa.

Será ley, á no dudar,
que el ser vuestro y el ser mío

vayan en uno á parar
cual la fuente se va al río;

cual el río se va al mar:

los ojos, hacia la luz:

tras la música, el oído:

buscando el negro capuz

de la noche, el perseguido:

y el devoto, en pos la cruz.

Fiera, insecto, pez y flor,

sienten, por más que os asombre,

ese afán devorador

universal, cuyo nombre

Inés del alma, es amor.

- BRÍ. (Como enojada de que Ciutti la galantee.)
Dejadme ya. Concluyamos.
- CIU. Vaya, no os pongáis mohina.
¿Para qué en el mundo estamos?
Es ley seguir la doctrina
que practican nuestros amos.
- INÉS ¡Oh! callad, callad. ¿No véis
que me abraso en vuestro fuego?
Vuestra soy. ¿Qué más queréis?
Pero, por Dios, os lo ruego,
Tenorio, no me burléis.
- JUAN (¿Quién más feliz que yo? ¿quién?
He de acudir á la cita
sólo por parecer bien...
Muere vanidad maldita,
y me encierro en ese Edén.)
¿Qué decís? Por Dios eterno,
que os amaré siempre juro
con amor sumiso y tierno...
Oh, mi bien! si soy perjuro,
que se me trague el infierno.
- INÉS ¡Dios mío! No profiráis
tan terribles juramentos.
- JUAN ¿Por qué de mi fe dudáis?
- BRÍ. (Á Ciutti, con melindre.)
Conozco vuestros intentos.
- CIU. ¡Paloma, cuán dura estáis!
- INÉS De vos no debo dudar,
pues sé, cual bueno, es un hecho
que os haya llegado á amar,
sin la vida, de mi pecho
no os pudiera ya arrancar.
- JUAN Gracias, adorada Inés.
(Se levanta.)
- INÉS ¿Tan pronto váis á marcharos?
- JUAN Asuntos de alto interés
me precisan á dejaros;
pero volveré después.
A don Gonzalo, al venir,
saludad cumplidamente
por mí. Podeisle decir,
de mi parte, si os consiente
este obsequio recibir.
(A una señal, Ciutti le entrega el cofre.)

Tomad. Que en tal ocasión
no os ofrezco nada bello
podréis decir con razón;
mas pensad que, envuelto en ello,
vá todo mi corazón.

(Pone el cofre sobre una mesa.)

INÉS Gracias mil. Ann cuando ya
es presente soberano
el que á mis ojos está,
con ser dón de vuestra mano
más enriquecido vá.

JUAN Tengo que marcharme, en fin;
pero temo que me vea
salir la canalla ruín.

BRÍ. La salida, entonces, sea
por la puerta del jardín.

JUAN Muy bien. Dame el antifaz. (A Ciutti.)
(Ciutti se lo dá.)

Y quiera Dios que así evite
al populacho procaz.
Si la ovación se repite,
verán de qué soy capaz.

INÉS ¡Oh! no os excedáis, don Juan,

JUAN Tan sólo por vos lo haría.

Deponed temor y afán.

INÉS Calmad pronto el ansia mía.

JUAN Pronto, dulcísimo imán.

(Vase poniéndose la máscara, seguido de Ciutti y Brígida.)

ESCENA VIII

INÉS.

Salió ya de mi presencia
llevándose mi ventura,
dejándome, en mi amargura,
su perfume embriagador.
Pasó cual ave ligera,
cual pasa nube de estío,
cual la gota de rocío,
cual mariposa, cual flor.
Volverán rocío, y nubes,
y mariposas, y flores,
y pájaros trinadores;

pero no los mismos ya.
Lo que pasó, ya no torna;
todo es ilusión de un día...
¿La vida del alma mía,
con don Juan, no volverá?
Si, volverá, no lo dudo,
pues aun parece que siento
vibrar en mí el dulce acento
con que me dijo al partir:
«Pronto será»... Corre, vuela
á calmar mi desvarío..!
¡Oh don Juan! oh don Juan mío,
sin tí, no puedo vivir!

ESCENA IX

INÉS, BRÍGIDA.

(Brígida, escuchando desde el foro suelta una carcajada.)

BRÍ. ¡Ah, ja, ja!

INÉS (Sorprendida y enojada.) Te ries? Quiero
saber á qué viene ahora
reirte así? Di!

BRÍ. (Con gazmoñería.) Señora,
vuestro galán caballero
lleva consigo un criado
muy decidor é ingenioso...
Algo me dijo gracioso,
y yo la risa he soltado.
Mas parece que os sonroja
verme reir.

INÉS No. Pensé que era...

BRÍ. (No fué tu pensar quimera,
no.)

(Aparece el paje y tras él doña Ana.)

ESCENA X

INÉS, BRÍGIDA, PAJE, DOÑA ANA.

PAJE Doña Ana de Pantoja.

(Vase.)

ESCENA XI

INÉS, BRÍGIDA, DOÑA ANA.

- INÉS Ana!
- ANA Inés!
- INÉS Dios te bendiga!
De verte aquí me embeleso.
- ANA ¿Pero no me das ni un beso?
- INÉS ¿Uno? Y ciento, dulce amiga!
(Se besan, riendo repetidas veces.)
No cabe en mí la alegría!
¿Pues del convento saliste?
- ANA El día que tú te fuiste
ay ¡Dios me valga, que día!
Dejaste mis ocios llenos
de tristeza... En ti pensaba,
y muchas veces lloraba
porque te echaba de menos.
Y en tí, tal vez, no hizo mella...
- INÉS (Interrumpiéndola.)
¿Puedes creer que te olvido...?
Mas ¿cómo? sola has venido?
- ANA Abajo está la doncella.
Sali ayer,—volviendo al caso,—
y puedo verte, y oírte,
y, abrazándote, decirte
que, pronto, pronto, me caso.
(Abrazándola, sonriente y bajando la voz.)
- INÉS ¿Cierto? Con chanzas ahora?
- ANA Tan cierto como lo digo.
Con Luis Mejía.
- BRÍ. (Á Inés.) Un amigo
de vuestro galán.
- ANA (Alegre y sorprendida.) ¡Traidora!
¿Conque tú vas á casarte
también, y nada me dices?
- INÉS Pues si mis nuevas felices
iba ahora mismo á contarte.
- ANA ¡Qué porvenir se nos muestra!
La amistad estrecharemos
de los dos; nos amaremos
todos... ¡Qué dicha la nuestra!

Mas di: ¿quién tu pecho inflama?
Hombre será bien nacido.

INÉS Un caballero cumplido.

Don Juan Tenorio se llama.

ANA Nombre es ilustre y famoso
de que Sevilla se paga;
mas nadie á don Luis va en zaga
en lo apuesto y generoso

INÉS Si llegaras un poco antes
y á mi don Juan aquí vieras,
sabe Dios lo que dijeras
de sus prendas arrogantes.

ANA ¿Hace poco aquí ha venido?

INÉS Y me traje... (Mostrando el cofre.)

ANA Veamos qué.

Yo, en casa, te mostraré
lo que don Luis me ha traído.
Abre.

INÉS Todavía ignoro,
como tú, lo que contiene.

(Abre el cofre. Las dos quedan absortas.)

BRÍ. (Haciendo extremos de admiración.)

¡Dios sea loado! Viene
dentro del cofre un tesoro.
Muy rumboso es el don Juan.

ANA De tal veo que se precia

INÉS ¡Oh! Mosáicos de Venecia.

ANA Y brocados de Milán.

INÉS ¡Brincos, sartas de corales!

BRÍ. Un primoroso abanico.

ANA ¡No digo, el collar! ¡Cuán rico!

De oro y perlas orientales.

Ven á mi casa. ¿Vendrás?

Don Luis me dió joyas... Vélas.

¡Y qué encajes de Bruselas!

¡Qué bellos paños de Arrás!

Ven, que tus ojos lo vean.

ESCENA XII

INÉS, BRÍGIDA, ANA, D. GONZALO.

GON. (Con voz alterada.) ¡Inés! ¿Doña Ana?

- ANA Yo soy.
Dios os guarde, don Gonzalo.
- INÉS Padre de mi corazón,
¿qué os sucede, que así altera
vuestro gesto y vuestra voz?
- GON. Infamias jamás oídas
que me turban la razón,
satánico desenfreno,
sarcasmo emponzoñador,
orgía cínica y fiera,
robos, muertes, violación
y sacrilego desprecio
de la santa ley de Dios.
- ANA ¡Oh!
- INÉS Sosegaos.
- GON. No puedo.
- INÉS } ¿Qué es?
- ANA }
GON. A decíroslo voy.
- (Reparando en el cofre y lo que contenía, que se halla esparcido sobre la mesa.)
- Mas ese cofre, esas galas,
¿son vuestras, doña Ana?
- INÉS No.
- Para mí don Juan Tenorio
las trajo.
- GON. (Fuera de sí.) Traición! traición!
- INÉS Oh padre mío! ¿Que os pasa?
- GON. ¿Vino don Juan?
- INÉS Si, señor.
- GON. Entró aquí? Te vió? Le viste?
- INÉS Cierto que le ví y que entró.
- GON. ¿Tuvisteis plática alguna?
¿Qué fué? Qué hablásteis los dos?
- BRÍ. Fruslerías, nada. Poco
duró la conversación.
Además, tranquilizaos,
estaba presente yo.
- GON. Oh! malignas añagazas
del demonio tentador,
pronto iréis do nunca os vea...
Y, á ti lo digo (A Inés.) Y á vos (A Brígida.)
y á todos los de mi casa:
os prohibo que, desde hoy,

por amenazas, halagos,
ni cualquiera otra razón,
á don Juan ni á quien le sirva
déis ayuda ni favor,
ni les franqueéis estas puertas,
que fuera desdicha atroz;
ni quiero que en parte alguna
les hagáis salutación,
ni que respondáis si os hablan,
so pena que mi furor
caiga sobre el que faltare
á las órdenes que doy.

INÉS

(Llorando.)

¡Padre, padre de mi alma,
tened de mi compasión.

GON.

No llores, hija, no llores.

ANA

¿A qué viene tal rigor?

GON.

A querer que siempre luzca
mi honra pura como el sol,
á evitar que caiga á manos
de un infame, de un traidor,
insolente libertino,
miserable fanfarrón.

INÉS

Oh! callad.

GON.

Don Juan es ese.

INÉS

¡Cielos santos! Muerta soy.

BRÍ.

(Tiró el diablo de la manta,
y todo se lo llevó.)

GON.

De un engaño parecido,
doña Ana, víctima sois
á vuestra vez. Luis Mejía
es un bandido, un ladrón.

ANA

¡Calumnia! calumnia! (Fuera de sí.)

GON.

(Con aire severo, á la vez que bondadoso.) Niña!

ANA

Don Luis es hombre de pro.

GON.

Cual don Juan.

INÉS

(¡Don Juan del alma!)

GON.

El uno es competidor
del otro en el mal; son ambos
lo mas vil, lo mas atroz.

ANA

Sin duda, estáis engañado...

INÉS

¡Mentira! Don Luis...? No, no!

INÉS

Es el rostro de Tenorio
de su nobleza pregón.

Le calumniarán menguados
émulos de su valor.

GON. Al colmo de la paciencia
ya casi llegando estoy.
¿Calumnia lo que, hace poco,
todo aquel que quiso oyó
contado por ellos mismos
sin asomos de rubor?
Entre tahures y vino,
con tal cual interjección
de votos y de blasfemias,
por ellos se concertó
ver cual pudiera en un año
mostrar la prueba mayor
de valor y de cinismo.
Hoy espiró en el reloj
del tiempo el fijado plazo,
y tuve la abnegación
de ir al lugar de la cita...
Tan sólo, Inés, por tu amor
pude pasar los umbrales
del inmundo bodegón,
para averiguar, si cierta
era la pública voz.
De rufianes y tahures
la taberna se llenó;
yo, corrido de vergüenza,
fuí á sentarme en un rincón.
Dominaba en el concurso
la ansiedad ante el temor
de que Mejía y Tenorio
no viniesen; mas se alzó
de súbito un clamoreo,
un Víctor atronador
al ver allí á los osados
héroes de aquella función.

ANA Mas ¿qué fué? (Con ansiedad.)
INÉS (Id.) ¿Qué hubo?
GON. (Desentendiéndose.) Hijas mías.
BRÍ. (El vejete lo husmeó,
y fuese á la madriguera.
¡Mal año, maldito hurón!)

GON. No he de mostraros yo cosas
que ofendan vuestro candor.

Seguid, flores sin espinas,
inocentes como sois.
Sabed tan sólo que es ello
una horrible sucesión
de muertes y otros delitos
y que en lucha tan feroz,
criminal, abominable,
fué Tenorio quien venció.

INÉS
GON.

(¡Dios mío, yo desfallezco!)
(A Ana.) En cuanto á vuestro amador,
comparado con el otro,
no es de mejor condición.
Tanto en París como en Flandes,
espanta lo que él obró...
Que no os le dé por esposo
yo diré á vuestro tutor.
Anunciádselo; interesa
ello á vuestra salvación.

ANA

(Marchándose desesperada.)
¡Imposible! ¿Qué desdicha
á esta casa me guió?

(Brígida la acompaña hasta la puerta como consolándola con
afectada compunción.)

ESCENA XIII

INÉS, BRÍGIDA, D. GONZALO.

INES Igual es nuestro tormento,
¡pobre amiga mía! Adiós.

GON. Pues yo que debiérais siento
regocijaros las dos.

INES ¿A quién causa regocijo
que llegue su mayor mal?

GON. ¿Cómo! Escapásteis de fiijo,
de una desdicha mortal.
Mejor, Inés, pensé verte
agradecer mis cuidados.
¡Como tú y Ana, la suerte
uniérais con dos malvados!

INES ¡Oh! Tenorio... (Suplicante.)
GON. Ni un instante
en él pienses... ¡No, jamás!

De él te he dicho lo bastante
y aún quiero decirte más.
Como en Tenorio y Mejía
es el cinismo inaudito,
cada uno allí traía
sus hazañas por escrito.
Nombres humildes y egregios
con delitos cometidos,
robos, muertes, sacrilegios
y actos propios de bandidos,
fué todo ello presentado
á la faz del auditorio,
por el cual se vió aclamado
vencedor don Juan Tenorio.

INÉS

Oh!

GON.

¿Quieres que más te diga?
Con audacia manifiesta,
han hecho objeto á tu amiga
de una vergonzosa apuesta.

(Pausa.)

Y,—óyelo bien,—porque luego
he increpado su ruindad,
¡Tenorio te ha puesto en juego,
á tí!

INÉS

(Sollozando.) Dios mio, piedad!

GON.

Airado, le reprendía
su padre, de dolor muerto:
él su rostro descubría;
y, tras tan vil desacierto,
al noble anciano afrentaba
con satánica respuesta,
y, volviéndose, arreglaba
los términos de la apuesta.
Con don Diego hemos andado,
al salir de allí, gran trecho,
y el pacto nulo ha quedado.

INÉS

(Con dolor.)

GON.

¡Padre mio! Que habéis hecho?
Nada que el deber no exija.
Que ha sido en pro considero
del bienestar de mi hija
y mi honor de caballero.
Di que fué todo quimera,
y vuelve á tu dulce calma;

ni lo recuerdes siquiera.

INES Oh! me desgarráis el alma.

GON. Pues olvida sin demora
tal pasión y sus cuidados.
Don Juan y don Luis ahora
han sido ya encarcelados...
Mas si libertad alcanza
Tenorio, un noble extranjero
quiere tomar de él venganza,
que á su hermana engañó artero.

INES (Llorando.) ¿El en prisión? Dios piadoso.

BRI. (¿Qué va á salir de ese enredo?)

GON. Olvida á ese monstruo odioso.

INES (Suplicante.) ¡Oh, padre, padre, no puedo!

GON. En el claustro, si persistes,
yo haré que acaben tus días.

BRI. (¡Ay! ¿Otra vez muros tristes,
y rejas, y celosías?)

GON. A ese ser aborrecible
olvida desde el momento.

INES (Con dolor.) ¿Olvidarle? No! Imposible!

GON. Pues al convento.

INES (Resuelta.) Al convento.

GON. En tal lugar, ahora mismo,
sepultaré tu porfía.

¡Que no labre ella el abismo
de tu vida y de la mía!

(Queda doña Inés abatida y llorando en tanto que una música
que ha empezado á oirse de lejos durante esta es-
cena va acercándose y se aleja gradualmente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO



CUADRO PRIMERO



Dos calabozos separados por un tabique.—Puerta en cada uno de ellos, al foro.—En ambos habrá un petate echado al suelo, un poyo ó un banquillo y una vasija de barro para contener agua.—Procúrese que, así la estructura como la colocación de estos objetos, sea diferente en cada estancia.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS, encerrado en un calabozo; DON JUAN en el otro;
CIUTTI y CARCELERO en el foro, cuya puerta está abierta.

LUIS (Paseándose agitado y meditabundo.)
No tuve empeño jamás
de peores consecuencias.
De mí dicen todos que
soy una mala cabeza,
y, por excederme aun,
no hay violencia que no emprenda,
ni peligro que no arrostre,
ni fuerza que me contenga.
A dos naciones do fuí,
mi audacia dejó suspensas;
jamás encontré mortal
que conmigo compitiera:
vi rendirse á mi querer

las beldades más soberbias:
fortunas gané y perdí
en un naipe sólo puestas;
y cuando juzgo lograr
ver mi ambición satisfecha,
lo que creí ser loor
se me convierte en afrenta...
Hago á Tenorio prender,
é igual partiáa él me juega...
En todo, en todo don Juan
me llèva ventaja inmensa!

JUAN (A Ciutti que habrá estado hablando por lo bajo con el carcelero.)

¿Que me traes, Ciutti? Di.

CIU. Cosas grandes, estupendas.

JUAN. ¿Me ponen en libertad?

CIU. Señor, no andéis con tal priesa.

Para el caso, practiqué
las mayores diligencias;
pero nada conseguí,
ni la mas leve promesa,
que en dar suelta suele andar
la justicia con gran flema.

JUAN Preso está don Luis por mí,
y eso un tanto me consuela.

¿Hiciste lo que ordené?

CIU. Señor, al pié de la letra.

JUAN De Inés, que sabes?

CIU. Ya entró

en el convento.

JUAN (Inés bella,

si un tirano padre allí,
por mi causa te condena,
no llores tu esclavitud,
mujer divina, no temas,
que ante mi fiera pasión
cederán muros y rejas,
y á mis brazos pasarás
desde el fondo de tu celda.)

(A Ciutti.)

¿Y, proveyendo á ello, tú
que has hecho? Viste á la dueña?

CIU. Vuestras órdenes cumplí.
Contamos ya con la vieja.

Aguardando estará ya,
pues debe traerme nuevas
y, de paso, recibir
las órdenes que convenga.

LUIS

(Ensimismado.)

Mas ¿ello es cierto? No soy
juguete de una quimera?

JUAN

¿Y consiente en ello Inés?

CIU.

Tórtola amante os espera.

JUAN

¿Preveniste gente?

CIU.

Y tal.

Todos ellos lindas piezas.

Siete años, el mejor

llevó remando en galeras.

JUAN

¿Y la novia de don Luis?

CIU.

Hablé ya con su doncella.

¡Y qué doncella don Juan!

Dura de pelar se muestra;

mas, al fin, yo la ablandé

con halagos y monedas.

Ello es, señor, que á pedir

de boca todo se os muestra.

En la corte está el tutor

agenciando una encomienda.

Forjada, sin duda, fué

por el amor tal ausencia,

pues esta noche el galán,

convenido con su bella,

por la puerta del jardín,

debía entrar á la queda

sin testigos y sin luz.....

LUIS

(Cavilando.)

¿Mas cómo fué que mi idea

de prenderle adivinó?

JUAN

¡Bravo! Magnífica treta

podré jugar. Voto á tal!

CIU.

Mas debe tenerse en cuenta

un fiel criado que allí

pasa las noches en vela.

JUAN

Si cuando yo llego, audaz,

á mi paso se atraviesa,

le dejo, de un golpe, que

el pícaro no resuella.

CIU.

Yo lo dispuse mejor

- perdonadme la franqueza,—
porque en negocios asi
vale mas maña que fuerza.
Sabiendo que el ganapán
á la muchacha requiebra
y que al buen licor de Noé
profesa gran reverencia.
de un Málaga superior
dí á la moza una botella
que ella al bobo ofrecerá
con engañosas ternezas.
El vino he compuesto yo,
y dormirá quien de él beba;
ya sabéis que fuí aprendiz
de boticario en mi tierra.
- JUAN Tan bien lo hiciste, pardiez;
que ni yo mejor lo hiciera.
- CIU. Para el intento lograr,
di de frente á la tarea,
á cuyo fin no omití
sobornos, idas ni vueltas;
mas podéis creerme, señor,
tengo quebradas las piernas,
por lo cual, á descansar
me voy, con vuestra licencia,
después que haya visto al bu
que á doña Inés sirve y cela.
- JUAN ¿Quién el reposo mentó,
cuando trabajos le esperan?
Esta noche voy á dar
feliz término á mi apuesta.
- CIU. ¿No véis que estáis en prisión
y que pensarlo es quimera?
- JUAN ¡Mal rayo te parta! Vé
á que todo se prevenga.
Por Ana quiero empezar;
Inés será la postrera.
(Desoyendo las observaciones que quiere hacerle Ciutti.)
Anda, nada quiero oír.
Volando! no te detengas.
Después, en el callejón
me aguardas hasta que venga.
(Deteniendo á Ciutti que después de mostrarse sorprendido
de las órdenes de su amo, se dispone á cumplirlas.)
Ciutti, de paso, dirás

al Alcaide que de priesa
quiera llegarse hasta aquí
para que yo le dé cuenta
de un peligro fiero, atroz
que amenaza su existencia,
y aún se puede conjurar;
pero el tiempo corre, vuela.
(Vase Ciuti, y tras él el carcelero que cierra.

ESCENA II

D. JUAN, D. LUIS

LUIS A que el bien me arrebatara
de Ana apostó con tesón.
Hoy, por la prenda más cara
temiera mi corazón,
si cierto no me constara
que don Juan se halla en prisión.

JUAN Ser digno de Inés quisiera,
y tales impulsos siento
que de mi malvado intento
enseguida desistiera,
si, por ello, no temiera
ver mi fama escarnecida.
Es hazaña fementida
atentar contra doña Ana;
mas sea esta acción villana
la última de mi vida.
(Se abre la puerta del calabozo de don Juan y aparece el
Alcaide.)

ESCENA III

D. JUAN, D. LUIS, ALCAIDE

LUIS Siento puertas rechinar,
pero aquí nadie parece.

ALC. (A D. Juan.)
Aquí estoy. ¿Qué se os ofrece?

JUAN Tenemos algo que hablar.

ALC. ¿Y ello me interesa?

JUAN Sí.

ALC. ¿Qué será? No se me alcanza.
JUAN Pues ahí vá. Sin más tardanza,
debo salir yo de aquí.

ALC. (Sorprendido y encolerizándose.)
¿Os burláis? ¡Por San Antón!
¿Eso valía la pena
de llamarme tras la cena,
turbando mi digestión?
¿Quién de coraje no brama?
Para echarla de gracioso,
desconcertar mi reposo
cuando me voy á la cama!

JUAN Escuchad con calma.

ALC. (Irritado.) ¿Aún más?

JUAN ¡Oid, digo!

ALC. ¡Habrá descaro!

JUAN Oid, ú os vá costar caro,
alcaide de Barrabás!

ALC. ¡Riesgos venirme á fingir!
¡Oh, y mientras me hallo en la mesa!

JUAN Sobre vos un riesgo pesa,
si no me dejáis salir.

ALC. Mal año al riesgo y á vos
si es por temor que lo digo:
ya vos y vuestro enemigo
estáis libres. Id con Dios.

JUAN ¿Cómo?

ALC. Siendo la verdad
que uno y otro, al delataros,
sólo quisisteis chasquearos,
se ordena la libertad.
(Mostrando un papel que D. Juan examina.)

JUAN Sí, cierto, como decís;
pero á la buena os aviso:
yo saldré, más es preciso
que aquí se quede don Luis.

ALC. (Mostrándose ofendido.)
¿Hidalgo, quien soy sabéis?
¿Quién así á tratarme osara?

JUAN Si no por mi buena cara,
por esta bolsa lo haréis.

ALC. Vaya, señor caballero,
no haré yo tal injusticia
por toda vuestra malicia

- ni todo vuestro dinero.
JUAN Pues yo sabré hallar motivo
con que el empleo perdáis,
y en eso aún no paráis,
porque os he de ensartar vivo.
Si con Mejía remiso
sois hasta la madrugada,
paga tenéis bien ganada
sin arrostrar compromiso;
de lo contrario, sabed
que mi palabra respeto
cumpliendo lo que prometo...
Con que, lo dicho; escoged.
- LUIS (Triste y ensimismado.)
¡Oh! ¡Si lograrse dormir!
- ALC. (Cogiendo la bolsa.)
No haya entre los dos quimera.
- JUAN ¿Aceptáis?
- ALC. Sí. ¡Qué manera
tenéis vos de persuadir!
A serviros me acomodo.
- JUAN Pues como os he dicho, sea.
- ALC. (¿Qué hacer? Si don Luis lo husmea,
el diablo carga con todo.)
- JUAN ¿Mis armas?
- ALC. Abajo están.
- JUAN (Por doña Ana ya no iría,
por dejarla siento afán;
pero no, el mundo diría
que fué cobarde don Juan.)
(Vase don Juan y el Alcaide.)

ESCENA IV

D. LUIS.

Mientras Ana estará en vela,
cual tórtola enamorada,
impaciente, mi llegada
esperando con cautela,
su recuerdo me desvela.
Siento su desolación,
y no sé qué de traición

creo ver que me horroriza...
Mas saber me tranquiliza
que don Juan está en prisión.

CUADRO SEGUNDO

Arboleda en las afueras de Sevilla.

ESCENA V

CIUTTI, BRÍGIDA.

- BRÍ. Ya lo sabéis pues. Del huerto,
un hombre la cerca salta:
la puerta abrirá á los otros
con sólo quitar la tranca;
hay que abrir dos cerraduras,
de las que tenéis la traza
en cera... .
- CIU. Que traducida
en hierro, nos dará entrada.
- BRÍ. Hasta el claustro solamente;
pero de allí no se pasa.
- CIU. Y, pues, entonces ¿qué hacemos?
- BRÍ. Cierto que la cosa es ardua;
mas no hay que cejar por ello,
que yo veré si se allana;
y, por si no, con vosotros
cuidad que venga una escala.
Desde el patio se coloca,
y entonces, se sube y baja.
- CIU. Mi amo carga con lo suyo,
yo con vos, prenda del alma.
- BRÍ. Ah bribón!
- CIU. Ah socarrona!
- BRÍ. No fio en vuestras palabras.
Vos sois mozo, y yo...

ya me parece una ganga.
¿Provendrá tal vez de que ella
es una zorra taimada?
Bien puede ser, pues me inclino
á todas las cosas malas.

(Llegan pícaros y espadachines que rodean á Ciutti.)

ESCENA VII

CIUTTI, PÍCAROS Y ESPADACHINES. (El espadachin 3.º llevará un ojo vendado, y el 4.º irá tizado como un herrero.)

- ESP. 1.º Aquí los hombres ya están.
CIU. ¿Y cómo se anda de bríos?
ESP. 2.º Si he de juzgar por los míos,
ni los del Gran Capitán.
CIU. Es que si el miedo se cuele. . .
VARIOS Miedo? (Ofendidos)
OTROS Miedo?
ESP. 1.º No tal. Listos
ellos son é irán provistos
de espada, daga y rodela.
ESP. 3.º (Amostazado y dirigiéndose á Ciutti.)
¿Queréis ver si soy valiente?
ESP. 1.º (Al 3.º desagraviándole)
Quien eres tú él no sabía.
ESP. 3.º (A Ciutti)
Pensadlo, pues, otro día,
y no ofendáis á la gente;
antes bien considerad
que lleváis por escuderos
los más bravos caballeros
que tiene la cristiandad,
de temple tan español,
que, si la ocasión llegara,
cada uno de ellos pelara
las barbas al mismo sol.
CIU. Pues quiero creerlo así...
En fin; nada de enojaros.
ESP. 2.º Yo, sólo un poco he de hablaros
por lo que me toca á mí.
Si á cualquiera recetáis

una buena cuchillada,
se la doy pintiparada
de los puntos que queráis.
Si...

ESP. 3.º Lo que vuesarced quiera
á cumplir me comprometo,
porque lo mismo me meto
dentro de una faltriquera,
como tiendo á un hombre muerto
sin que pida confesión...
A los de mi profesión
pedid informes del Tuerto.

ESP. 2.º Pues yo...

ESP. 4.º (Interrumpiendo.) Las llaves tomad.
(A Ciutti, dándole dos llaves.)
En hacerlas pasé el día.
Que són, cualquiera diría
las llaves de una ciudad.

CIU. ¿Mas de cierto se efectúa
que ellas abran las dos puertas?

ESP. 4.º Jurô dejarlas abiertas
como me llamo Ganzúa.

ESP. 2.º ¿Acabaste tu sermón?

ESP. 4.º ¿Que queréis? Está concluido.

ESP. 2.º Pues séame permitido
que siga mi relación.

ESP. 1.º Yo soy vuestro capitán
y á mí llevar la voz toca.

CIU. Todos callen.

ESP. 3.º Punto en boca,

ESP. 4.º Por todos hable el Jayán.

ESP. 1.º Pues, señor, quiero decir
que fuera bueno saber
la faena que hay que hacer
y lo que hay que resistir.
Pues no es ley que como á un bicho
al valiente se le trate...
¿Es razón ó disparate
lo que pido?

ALGUNOS Muy bien dicho.

CIU. Pues el asunto es de faldas
que quieren salir á oscuras.
Hay que abrir dos cerraduras
y hay que guardar las espaldas

- de quien paga, que, en verdad,
no os dará lugar á queja,
hasta llegar la pareja
no lejos de esta ciudad.
- ESP. 1.º Todo eso son niñerías;
no hay en ello cosa mala.
- CIU. Hay que llevar una escala
y un par de caballerías.
Palabra dadme formal
de que á las doce, reunidos,
os hallaré prevenidos
detrás de la Catedral.
- ESP. 1.º Si, de ello más no se trate.
Os pediré solamente
que déis con que yo y la gente
remoжемos el gznate.
(Ciutti les da dinero.)
Ea! á beber. (A los suyos.)
- TODOS (Alegres.) A beber!
- ESP. 1.º (A Ciutti.) Veréis después que fiereza!
- CIU. (Viéndoles marchar.)
Cuidado con la cabeza,
que no se os eche á perder.
(Vánse los espadachines y demás pícaros,)

ESCENA VIII

CIUTTI.

Estoy molido de andar,
y descansar se me veda;
mas lo peor es que aun queda
el rabo por desollar.
Ya estará mi amo en la cita
que á don Luis doña Ana diera.
Voy á apostarme allá fuera,
por si de mí necesita.
(Se va por la derecha, y poco después aparece Orsino por
la izquierda.)

ESCENA IX

ORSINO.

No dejándole de pista,
voy de la taberna á dentro
para salirle al encuentro,
y le prenden á mi vista.
Diz que ya está en libertad,
mas hallarle no me es dado;
por fin, rondando, á su criado
veo por casualidad;
y, de tal luz á favor,
he deducido, y no yerro.
que, si anda por ahí el perro,
no está lejos su señor.
Mas quiere mi desventura
que á don Juan matar no pueda,
pues el criado se me enreda,
por esa arboleda oscura.
Por ti, malvado sin fe,
lloró mi hermana querida;
hasta arrancarte la vida,
á Italia no volveré.

(Vase por donde ha salido Ciutti.)

CUADRO TERCERO



Bajos de la casa del tutor de doña Ana. Al fondo puerta que dá á la calle. A la derecha, una ventana que dá al jardín, por la que se ven árboles. Puertas á la izquierda. Un banco con respaldo y sillas guarnecidas de cuero. De las paredes, cuelgan armas y algún cuadro viejo de asunto histórico ó mitológico. Es de noche, y la débil claridad que penetra por la ventana sólo permite ver confusamente la silueta de todos los objetos. El criado se halla durmiendo tendido en el banco.

ESCENA X

* CRIADO (Soñando.)

*Rico, es el vino Gertrudis...

*Digo que no tiene igual.

*Pero un beso de tus labios...
*¡Ay, niña, si me lo das,
*me deja muerto de gozo,
*que por ti siento un afán...!
*Cuidado, cuidado, chica,
*que me voy á emborrachar!
*¡Qué cintura tan delgada!
*No se te quiebre... ¡Ja, ja!
*No, no quiero vino... Deja
*que te abrace, por piedad...
*¿Pero cuándo cesaremos,
*de beber yo y tú de echar?
*Oh! por Dios, retira el vaso,
Gertrudis, no puedo más.

(Aparecen por la izquierda don Juan y doña Ana asidos de la mano. Los dos andan á tientas y cautelosamente.)

ESCENA XI

CRIADO, D. JUAN, D.^a ANA

JUAN

*(Aparte y con gozo.)
*(Vencido está ya Mejía,
*la apuesta llevo ganada...
(Cambiando súbitamente el tono.)
*Pero la conciencia mía,
*me acusa desapiadada.
*Vuelo á ti, Inés adorada;
regenera el alma mía!

ANA

¿Tendríte siempre en favor?

JUAN

Sí, mi amor.

ANA

¿Serás siempre fiel amante?

JUAN

Constante.

ANA

¿Guardarás mi fama? Dílo.

JUAN

Con sigilo.

ANA

Mi vida pende de un hilo,
que si á ti pude entregarme,
sólo podrán sustentarme
amor constante y sigilo.

¿No hablas, pues?

JUAN

No me evidencio

por ti... ¡Silencio!

ANA

¿Es fuerza, pues, que callemos?

JUAN

Ya hablaremos.

ANA ¿Vendrás junto á mi ventana?

JUAN Mañana.

ANA Tu opinión no será vana,
y, así, yo la reverencio;
por hoy, guardemos silencio,
que ya hablaremos mañana.

(Queriendo retener á don Juan.)

MI ALMA, de tí se va en pos.

JUAN (Desasiéndose.) Chito! A Dios.

(Abre la puerta y sale embozándose.)

ESCENA XII.

DOÑA ANA

¡Cuan de prisa! Ya está fuera!

Como si le acometiera
un terrible frenesí...

¡Sin una sola terneza,
se despidió con presteza,
como si huyera de mí!

A su trasporte amoroso,
á su rogar quejumbroso,
débil mujer, accedí;
mas ¡ay! parece que luego
tornóse nieve aquel fuego
que logró abrasarme á mí.
Será loco desvarío...

¿No vive latente el mío
con que suya me ofrecí?
Siendo yo tal ¿cómo ahora
sospecho que él no me adora,
que ya se olvida de mí?

Mas siento un pesar profundo
temiendo que sepa el mundo
el desliz que cometí,
y tiemblo yo de mi misma,
y mi pecado me abisma...

¡Oh desdichada de mí!

(Don Luis se desliza por la ventana.)

ESCENA XIII

ANA , DON LUIS.

- LUIS (En voz baja.)
Ana!
- ANA (Escuchando.) Parece que he oído
hablar cerca la ventana.
Será el miedo, tal vez.
- LUIS Ana!
- ANA (Temblorosa.)
Otra vez...
- LUIS (¿Qué ha sucedido?)
(Avanzando á tientas, maquinalmente da con Ana al tiempo
que, esforzando la voz un poco más, vuelve á llamarla.)
Ana!
- ANA (Llena de espanto.) Socorro! Favor!
(Al sentirse asida de un brazo por don Luis, pugna por es-
caparse y grita con mayor fuerza.)
¡Socorro!!
- LUIS ¿Por qué das voces?
- ANA ¡Socorro!!
- LUIS ¿No me conoces?
- ANA (Reconociéndole.)
Oh! don Luis!
- LUIS Cálmate, amor.
Si mi venida sabías,
¿porqué azorada gritaste?
- ANA ¿Cuando, hace poco, marchaste,
digiste que volverías?
- LUIS (Con extrañeza)
¿Que yo hace poco marché?
Loco estoy con lo que dices!
- ANA Oh don Luis, de mis deslices
te burlas temprano, á fe!
- LUIS (Asombrado y fuera de sí.)
¿Qué escucho? ¡Fuego de Dios
caiga y conviértame en brasa!
(Aparece Andrés, tembloroso, á medio vestir y con una luz
en la mano.)

ESCENA XIV

ANA, D. LUIS, ANDRÉS

AND. Doña Ana, ¿qué es lo que pasa?
¿Y á estas horas aquí vos?

(A don Luis.)

LUIS ¿Me osas hablar de tal suerte,
cuando aquí don Juan ha entrado
y el honor ha pisoteado
de Ana? ¡Maldición y muerte.

ANA Perdida estoy. ¡Cielo santo!

AND. ¡Don Juan! (Estupefacto.)

LUIS El lo prometió;
pero nunca creí yo
que llegase á poder tanto.

ANA (Llorando.)

¡Hombre cruel, infame, vil!

LUIS Cumplió su malvado anhelo
yendo á rastras por el suelo
cual ponzoñoso reptil.

AND. ¡Dios mío, cuántos cuidados!
¡Dichoso quien tal no viera!
Y hallándose el amo fuera...
Mas ¿do están los demás criados?

(Gritando.)

¡Gertrudis! ¡Gertrudis! ¡Blas!

¿Qué veo? Está allí tendido.

(Acercándole la luz y sacudiéndole.)

CRIADO (Sin despertar.)

¡Aah!

AND. La embriaguez le ha rendido.

ANA Sentándose abatida.)

¡Dios mío, no puedo más!

AND. ¡Gertrudis! (Yendo hacia dentro.)

LUIS Don Juan me ha hundido.

AND. (Volviendo.)

Ella perdió á mi señora.
sin duda, la vil traidora,
pues ha desaparecido.

ANA (A don Luis que vá á marcharse.)

¡Ah! no me juzgues culpable.

¡Detente, don Luis, detente!

LUIS Por más que eres inocente,
tu daño es irreparable.

ANA ¡Me partes el corazón!

LUIS (Fuera de sí, rechazándola.)
Muera en ti toda esperanza.
¡Horrores, sangre, matanza,
infierno, desolación!

(Se marcha furioso por la puerta del fondo. Doña Ana queda sentada con las mayores señales de abatimiento. Caen el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala en la quinta de don Juan. Ancha puerta al foro que da á un salón, en cuyo fondo habrá una ventana. Puertas á la derecha y un balcón con balaustrada á la izquierda. La acción pasa á la madrugada.

ESCENA PRIMERA

BRÍGIDA sentada, CIUTTI á su lado en pié.

- CIU. ¿Qué tienes, pichón querido?
BRÍ. Lloro pensando (¡á mi edad!)
con cuánta facilidad
al amor he sucumbido,
cuando siempre á dar la mano
me negué en la juventud,
causando mi ingratitud
la muerte de un escribano.
Que me rendiste malicio
con hechizos esta vez,
pues ¿quién así, á la vejez
de tal modo pierde el juicio?
CIU. Cuenta de tus mocedades
lo que te plazca más, hija;
lo cierto es que no se fija
nunca el amor en edades.
Mas no te quieras doler
de lo que en gozo te inunda,
ni busques en qué se funda
ser hombre yo y tú mujer.
BRÍ. De otro modo, en sus amores,

Ciu

don Juan á doña Inés trata.
Pero ¿no ves, insensata,
que ellos obran cual señores?
Si ellos, muy á su placer,
aman libres de cuidados,
debemos los pobres criados
amar á todo correr.
Mas, si aún quieres empeñarte
en hacer la descontenta,
óyeme, Brígida, atenta,
pues quiero desenojarte.
¿No es verdad, cara de azor, (*)
que más que estar en Sevilla
te gusta ser mi costilla,
porque así te hallas mejor?
Esa aura bajo el imperio
del espliego y del romero
que se elevan del brasero
en nubes de sahumero,
y por cuyo ministerio
se evitan el cruel dolor
reuma y el pésimo olor
que dá la humedad del río:
¿no es verdad, mochuelo mío,
que enciende el pecho en amor?
Ese concierto maldito
que arman, gruñendo, el marrano,
con su ladrar, el alano,
con su flautilla, el mosquito
y el ejército infinito
de ranas, pueblo cantor,
eterno alborotador
de las regiones del lodo...
¿No ves, no ves cómo todo,
todo nos canta el amor?
La prodigiosa armonía,
la nube, la flor, el ave,
el pez, el río, la nave,
la vaga melancolía...
Son pura palabrería
y hojarasca de cantor,

(*) El autor, que admira como el que más, las famosas décimas del inmortal Zorrilla, no se ha propuesto hacer con ellas ninguna irreverencia, sino crear una situación cómica por contraste.

el cual es dueño y señor
de tomarlo, si le agrada;
aunque, hasta hoy, para nada
hace falta á nuestro amor.

Mas las luces de tus ojos
que fulguran hechiceras
á través de esas vidrieras
que transparentan antojos,
ora fulminando enojos,
ora afectando rubor,
ora el fuego abrasador
que no tienes hace un siglo:

¿no es cierto, caro vestiglo
que lanzan rayos de amor?

¿Y esa curva nariguilla
que de garfio tiene corte
semejando picaporte
con su hermana la barbilla?

¿Y esa frente en la cual brilla
tu caletre embaucador
de un libro merecedor?

¿Y esa boca de alcancia...?

¿No es cierto, abuelita mía,
que á gritos piden amor?

Mírame una vez siquiera
hecho por ti un perdulario.

Fuí soldado, boticario,
mosquito de vinajera,

y con ello bien pudiera

ser abad ó emperador;

mas quiere el hado traidor

que no siendo nada feo,

me tengas como trofeo

bufando á tus pies de amor.

BRÍ. (Riendo.) Calla, que me das dentera;

aún cuando sé, picarón,

que la traza del sermón

no salió de tu mollera.

CIU. ¿No? ¿De dónde salió, pues?

BRÍ. De hacer tú un mal revoltijo

con lo que, galante, dijo

don Juan, aquí, á doña Inés.

CIU. Sólo el amor que me inflama...

BRÍ. Y tus dicterios abona.

¡Ah bribón!

Ciu.

¡Ah socarrona!

(Suena un aldabazo.)

Brí.

¿Quién?

Ciu.

El señor es que llama.

(Ciutti desaparece corriendo por la última puerta de la derecha, al tiempo que, por la más inmediata al proscenio, aparece Inés.)

ESCENA II

BRÍGIDA, INÉS

INÉS

Brígida, no sé de cierto
si, rendida, me dormí;
pero estoy fuera de mí
con sin igual desconcierto.

Brí.

¿Pues qué os sucede?

INÉS

¡Ay!

Brí.

Hablad.

INÉS

Yo bien sé que, enamorada,
del convento arrebatada
fuí por propia voluntad;
mas, al concebir mi intento,
loca, jamás sospechara
que, logrado, me causara
tan terrible sufrimiento.

Brí.

Cuán niña sois. Pena tanta
no es razón que os acometa,
cuando don Juan os respeta
y admira como á una santa.

INÉS

Es verdad; más sólo pienso
en que ofendo mi decoro
y á mi buen padre desdoro
y causo dolor inmenso.
Marchemos, Brígida, pues,
ni un instante vacilemos;
sino, ve que nos perdemos
para siempre!

Brí.

(Con amargura.) Sí, y después
que á casa las dos volvamos
muera yo por causa vuestra,

que muy pronto llegará.
INÉS (Resuelta.) Voy á su encuentro. ¡Qué ultraje
te hice! ¡Perdón, padre mío!
JUAN (Deteniéndola.) ¿No veis que os estorba el río
y os expone vuestro traje?
INÉS ¡Oh dejadme!
JUAN Por favor
mi casa no abandonéis;
mejor será que aquí habléis
con vuestro padre.
(Aparece Ciutti.)

ESCENA IV

INÉS, D. JUAN, CIUTTI

CIU. Señor,
pide veros sin demora...
JUAN ¿A mí? ¿Quién?
CIU. (Al oído.) Una tapada.
JUAN Que no estoy.
CIU. Ya le dí entrada.
Parece una gran señora
JUAN ¡Imbécil! Perderme quieres.
CIU. No. Vuestras órdenes son
dejar en toda ocasión
paso franco á las mujeres.
JUAN Que se marche. Busca en ti,
para alejarla, un pretexto.
CIU. Vaya, mudemos el texto...
Pero es tarde: vedla aquí.
(El precedente diálogo se supone de manera que no comprenda doña Inés de qué se trata.—Aparece Ana levantándose el velo. Vase Ciutti.)

ESCENA V

INÉS, D. JUAN, ANA

INÉS (Sorprendida.) ¡Oh cielos!
ANA (Id.) ¡Inés! ¿Qué veo?
Sal, huye, desventurada
si aún es tiempo, si cegada,

no te perdió un mal deseo.

Este hombre será... (Señalando á Tenorio.)

INÉS

Don Juan.

Pues qué...?

ANA

Mi consejo toma:

huye, cándida paloma,
aprisa, del gavilán!

JUAN

(Reprimiéndose y con desdeñosa cortesía.)

No ofenden dichos de damas
jamás de un noble el honor.

ANA

Mientes, falaz impostor,
si caballero te llamas.

INÉS

(Con espanto.) ¡Ay por Dios!

ANA

(A D. Juan.) Tu sangre roja

con placer yo derramara.

Mírame bien cara á cara:
soy doña Ana de Pantoja!

JUAN

(Extremeciéndose, pero esforzándose en aparentar serenidad.)

¿Y bien?

INÉS

(Con extrañeza.) ¡Qué extraña locura!

ANA

(A D. Juan.)

Viniendo á oscuras, malvado,
con el honor, me has robado
de un fiel amor la ternura.

INÉS

¡Santo Dios!

ANA

(A D. Juan.) Y vengo yo
á ver cual don Luis resuelve
mi agravio y si me devuelve
el amor que me juró.

JUAN

Lo veis: sufrido tolero
lenguaje tal y en mi casa.
Decidme: ¿quién tal os pasa,
es ó no es caballero?

INÉS

Don Juan, don Juan, ¿qué decís?

ANA

(A D. Juan.)

Niega tragando el insulto.

JUAN

(Con altivez.)

¡No! Mis acciones no oculto
y aguardo firme á don Luis.

INÉS

¡Perdida estoy, bien lo veo!

ANA

¡Maldiga Dios tal cinismo!

JUAN

Mi orgullo, en su paroxismo,
hizo el postrer devaneo.

- Cuando sin yo conoceros,
en la apuesta os incluyó
Luis Mejía, no fui yo,
él fué quien vino á perderos.
- INÉS ¡Virgen santa! ¡Madre mía,
en qué redes ¡ay! me he preso!
- ANA (A D. Juan.) ¿Osas, infame, con eso
excusar tu villanía?
- JUAN Basta, señora, que ya,
entre vivir execrado
ó aparecer disculpado,
para mí, lo mismo dá.
Decidle al águila, pues:
«No alces las alas del suelo;
mira el espacio y el cielo
de tu impotencia al través.»
Si, con fuerza asoladora,
el agua cae, mujiente,
en despeñado torrente,
decidle: «Detente ahora.»
Insensato, feroz, cruel,
es el orgullo en combate:
jamás con el acicate
logró pararse un corcel.
Así, pues, yo, provocado,
soy el éguila altanera,
corcel loco en la carrera
y torrente desbordado:
ni me acuerdo de mí mismo,
ciego voy siempre adelante,
y para salir triunfante
me arrojaría al abismo.
- ANA ¡Bajeza, orgullo, crueldad!
- INÉS Me siento el alma ofendida;
voy contigo, Ana querida.
- JUAN (¡Oh qué terrible ansiedad!)
Doña Ana, Inés, por favor...!
- ANA De ti voy á ser vengada.
- JUAN ¡Oh mi Inés!
- INÉS No escucho nada.
(Aparece Ciutti.)

ESCENA VI

INÉS, ANA, D. JUAN, CIUTTI

CIU. Ya está aquí el comendador.

INÉS ¡Mi padre!

JUAN (A Ciutti.) Al momento voy.

Oye. Si don Luis viniere,
dile que un momento espere,
y á sus órdenes estoy.

(Ciutti se retira.)

ESCENA VII

INÉS, ANA, D. JUAN

JUAN (A Ana., Por vos le hablaré, señora.

INÉS Voy con mi padre enseguida.

JUAN Oh, no hagáis tal, pues mi vida
en ello se cifra ahora.

ANA ¡Inés, fuera compasión!

(A don Juan.)

¡Muere, de crímenes basta!

JUAN Teneos, que en ello hasta
vá mi eterna salvación.

(Rogando con frenesí.)

Desde hoy no más devaneos. (A Inés.)

(A Ana.) Vuestro daño enmendaré.

(A las dos.) ¡Señora! ¡Inés!... Yo obraré
al par de vuestros deseos;

(Con creciente vehemencia.)

mas no excitéis mi fiereza,
porque juro á Dios que irá

tan lejos, que... (Transición brusca.) (¡Ni sé ya
por donde vá mi cabeza!)

(Desaparece precipitadamente.)

ESCENA VIII

INÉS, ANA.

ANA Cuando la sombra bendita

- del claustro nos cobijaba,
¿nuestras desdichas presentes
cuál de las dos sospechara?
- INÉS Mentira, sueño parece
lo que es horrible desgracia,
y una mortal agonía
cruel y lenta me presagia.
- ANA Tu mal aún tiene remedio.
INÉS Imposible, jamás, Ana.
ANA Tu eres mujer sin mancilla
y tu padre te idolatra;
mas yo, huérfana y sin honra,
tengo por toda esperanza
vivir, llena de ludibrio,
con soledad en el alma.
- INÉS Sí, tengo un padre amoroso
á quien ofendí insensata
y por cuya vida temo.
- ANA Corre á postrarte á sus plantas.
INÉS ¡Oh! su perdón necesito,
y á pedírselo volara;
á no temblar los efectos
de su justísima saña.
- ANA No temas, seré tu escudo.
Diré que fuiste engañada;
al raptor, en su presencia,
increparé cara á cara;
te excusaré por sencilla:
descubriré su falacia;
y con tu arrepentimiento
y con tu pureza salva
volverás á ser dichosa
bajo las paternas alas,
cual si aún la sombra bendita
del claustro te cobijara.
- INÉS Por fuerza debo estar loca,
no sé lo que por mí pasa.
Anheló lo que me ofreces,
y, al mismo tiempo, me espanta:
un sentimiento invencible
hacia mi padre me arrastra;
pero el temor, con más fuerza,
viene á impedirme que vaya:
estas paredes me ahogan

y sé que entre ellas se labra
mi perdición, mi ignominia;
más ¡ay! no sé abandonarlas!

ANA

¡Inés! ¡Inés! á ese monstruo
aborto infernal, aún amas?

INÉS

¡No...! ¡Sí...! No sé lo que digo.
Puedes llamarme insensata.
Sus delitos aborrezco;
y me tiene fascinada;
mas nunca será mi esposo
el hombre que así te ultraja.
En él detesto sus vicios,
tú eres mi amiga más cara,
y, no obstante, estoy celosa
al pensar que en hora infausta
llegó á confundir su aliento
con el tuyo.

ANA

Calla, calla.

Si piensas que le codicio,
amiga mía, te engañas,
pues, aún cuando yo no ignoro
el porvenir que me aguarda,
te juro que si él viniese
arrepentido á mis plantas
ofreciendo ser mi esposo,
soberbia, le rechazara.

Amé á don Luis, y una sola
vez suele amar quien bien ama.

INÉS

¡Ay! quien bien ama, no olvida
aunque el alma se le parta!

Pero don Juan no parece...

Mi padre con él se halla...

Tal vez se encuentre en peligro...!

Quisiera saber lo que hablan.

Puede que, en trance tan duro,
nos quepa alguna esperanza.

Quizás...

ANA

Inés, nada esperes,
toda ilusión fuera vana.

INÉS

Entonces, ¿qué haré? En el río
un buque extranjero aguarda
dispuesto, por si conviene
marcharnos fuera de España.
Si allí don Juan se encamina,

corriendo voy de él en zaga.
Bien á mi padre quisiera
evitar dolor y lágrimas;
más ¡qué tortura, Dios mío,
si el buque leva las anclas
y, veloz como saeta,
á mi don Juan me arrebató...!
¿Qué es lo que digo? Estoy loca.
¡Oh! quién al tiempo tornara
en que la sombra bendita
del claustro nos cobijaba!

(Aparece D. Luis por la puerta de la derecha más cercana a foro. Inés huye, por la puerta inmediata.)

ESCENA IX

ANA, D. LUIS

LUIS (Sorprendido.) ¡Ana!
ANA Por fin dí contigo.
LUIS ¿Qué veo? ¡La ira me abrasa!
¿Tu estás aquí? Tú en la casa
de mi mortal enemigo?
Volverte á amar, no es posible,
tornóse el volcán ceniza;
pero ¿á quién no escandaliza
contubernio tan horrible?
ANA No tal. En busca de ti,
amante, loca, he llegado.
LUIS Pues quién te dijo...?
ANA Tu criado,
compadecido de mí.
De vivo dolor transida,
de ti imploro, por favor!
que me devuelvas tu amor,
porque tu amor es mi vida!
LUIS Inútil razonamiento,
pues solo en mi corazón,
sin que quepa otra pasión,
odio y rabia experimento
por don Juan, por esa fiera
que me propuse cazar,
sabiendo que á acorrallar

se vino á su madriguera.
Y el asunto ya finido
estuviera á buen seguro
á no ponerme en apuro
el respeto que es debido
al noble Comendador,
quien á su hija, padre amante,
quiere sacar al instante
del poder de su raptor.
Aguardo, pues, que concluya
la conferencia, y espero
que el honrado caballero,
al fin saldrá con la suya.

ANA. No hay nadie que á don Juan tuerza,
es el espíritu malo.

LUIS. Pues cederá á don Gonzalo,
si no de grado, por fuerza.
Muchos hombres allá fuera
tiene el buen viejo y por cierto
que, con el rostro cubierto,
un joven, también, espera
de entrar aquí la ocasión;
mas antes que hayan llegado,
por todos, yo habré tomado
de don Juan satisfacción.

ANA. Pero don Luis, un consuelo
da á la infeliz que á tí clama.
Mujer alguna no te ama
como yo...! ¡En nombre del Cielo!

LUIS. ¿Amor? Consuelo...? Jamás,
mientras don Juan existiere!

ANA. Mas, si el traidor pereciere,
¿don Luis...? (Como concibiendo una esperanza.)

LUIS. Entonces, quizás.

ANA. (Regocijada.) Pues sea así. Tu furor
clave en su pecho el acero.

(Ana coje del brazo á don Luis para ir con él; Inés, que, durante lo último del diálogo, se habrá hecho visible al espectador, escuchando con vivo interés, corre precipitadamente, cayendo de rodillas delante de don Luis, asiendo a este y á Ana de las ropas.)

ESCENA X

ANA, DON LUIS, INÉS.

INÉS Ana...! Por Dios, caballero...!
Tened piedad! ¡Por favor!

LUIS Dejadme. En vano rogáis.

INÉS Por Dios!

ANA La muerte, la muerte!

INÉS Ah! ¿No veis que de esa suerte
el alma me desgarráis?

ANA (A Inés) Su vida fuera tu duelo,
su vida es nuestro baldón.

LUIS Muera!

INÉS No! no! Compasión!
El es mi encanto, mi anhelo...!
Ana!

ANA Nunca.

INÉS Si me quieres...
(Ana, insistiendo en su propósito, empuja á don Luis hacia dentro.)

LUIS (Queriendo desasirse de ambas mujeres.)
Soltadme. Inútil demanda.
Mi corazón no se ablanda
por lágrimas ni mujeres.
(Logra desprenderse de ellas y desaparece, cerrando la puerta tras de sí.)

ESCENA XI

ANA, INÉS.

INÉS Tu consejo malhadado
mi sepulcro labrará;
pero, á la vez dejará
tu corazón desgarrado.

ANA Si no muriere don Juan.

INÉS Por Dios, el encuentro evita.
¿No ves—¡ceguedad maldita!—
que los dos se matarán?
Mi padre estará con ellos...
A Mejía dará aliento.

ANA A Mejía dará aliento.

INÉS De pensarlo, no más, siento

que se erizan mis cabellos.

ANA Hoy triunfará la razón.

INÉS De fiera mereces nombre.

ANA ¿Qué es lo que veo? (Sorprendida, mirando hácia el balcón.)

LAS DOS

Ay!

INES

Un hombre

que sube por el balcón!

(Ambas se precipitan, asustadas, por la puerta cerca del proscenio, cerrándola tras ellas. Por el balcón, aparece Orsino con máscara en el rostro.)

ESCENA XII

ORSINO. (Dirigiéndose á ellas.)

No temáis, pues he venido,
señoras, á protejeros,
cual deben los caballeros
hacer con el oprimido.
Mi recta intención me abona,
y, así, las puertas abrid...
Os lo suplico, salid...!

(Consigno mismo.)

Pero el miedo no razona.
Impaciente, al otro lado
dejé esperando á la gente,
y aquí salté de repente
desde un árbol elevado.

(Tentando las puertas.)

Mas ¡increíble fracaso!
adversidades muy ciertas!
Hallo cerradas las puertas,
y de la estancia no paso.
Mi situación es atroz.
¿Qué hacer? qué hacer? Ah! ya caigo.
Por ver si á don Juan atraigo
le insultaré en alta voz.

(Gritando.) Miserable y vil don Juan,
desleal, felón y doble,
no tenéis nada de noble,
sois un bandido, un rufián.
Salid de ahí do se ampara
vuestro cobarde temor,
y os retaré por traidor

- y escupiré en vuestra cara.
- CIU. (Sacando la cabeza por una tarja que hay encima de la puerta inmediata al foro.)
Cesad en vuestros donaires;
los ratones tienen sueño.
- OR. Dí que venga acá tu dueño.
- CIU. Caballero de los aires,
pues por los aires venís,
tal vez, en un grifo alado,
mi señor se halla ocupado
con don Gonzalo y don Luis.
Para morir, nunca hay prisa.
- OR. Dile que espero, al instante.
- CIU. Señor caballero andante,
confesaos y oid misa,
que ello os aprovechará.
No temáis que don Juan huya
de vos; así que concluya
su ocupación, él vendrá.
(Oyese un tiro y tras él pasos precipitados.)
- UNA VOZ ¡Ay! (Desde el foro.)
- INÉS }
ANA } (Desde su estancia.) ¡Ay!!
- OR. Un tiro se ha oído
(Se oye el choque de espadas.)
Quizás nuevos desafueros
de don Juan... (Parando el oído.)
¡Crúzanse aceros...!
(Cesa el ruido de espadas y percíbese el que produce un
cuerpo humano que se desploma.)
¡Vive Dios! ¿qué ha sucedido?
(Vienen precipitadamente Inés y Ana hacia el foro.)

ESCENA XIII

ORSINO, INÉS, ANA

- INÉS ¡Oh qué desgracia!
- ANA ¡Qué horror!
- OR. (Forcejeando la puerta.)
¡Abrid, don Juan condenado...!
- INÉS ¡Padre! ¡Don Juan!
- ANA ¡Luis amado!

OR. ¿No abris? (Con desesperación.)
INÉS ¡Abrid!
ANA ¡Por favor!
OR. (Pugnando.)
¡Yo hallaré fuerza en mis brazos...!
ANA (Con vehemencia.) ¡Oh Dios mío!
INÉS (Id.) ¡Tal vez mueran! (Se oyen golpes de hacha.)
OR. (Sin cesar.) Los hombres que abajo esperan
derriban la puerta á hachazos.
(La puerta cede.)
¡Por fin...!

ESCENA XIV

ORSINO, ANA, INÉS, CIUTTI, D. GONZALO, D. LUIS,
BRÍGIDA, ALGUACILES.

Abrese la puerta de par en par, retrocediendo Ciutti, que la ha abierto, hasta el fondo. En medio de la sala que aparece y que termina en un balcón que da al río, se hallan tendidos D. Gonzalo y D. Luis ensangrentados.

ANA ¡¡Don Luis!! (Cayendo convulsa á su lado.)
INÉS (Arrojándose sobre su padre.)
¡¡Padre mío!!
(Cesan los hachazos y se oyen pisadas de gente que sube.)
OR. (A Ciutti.) ¿Dónde está don Juan?
(Ciutti acompaña á Orsino hasta el balcón, y, desde allí, señala un punto lejos.) (Con despecho.) ¡Huyó!
(Dirigiéndose á los Alguaciles, que aparecen por la derecha junto al foro.)
No perdáis tiempo aquí, no.
¡Por el río! ¡por el río! (Váse.)
(Ciutti, que ha desaparecido, reaparece con Brígida por la puerta cercana al último aposento. El indica á ella que don Juan ha logrado escapar, mientras la vieja contempla el cuadro con hipócrita conmiseración.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero, con la sola diferencia de tener cortinas negras la puerta del foro y la en que se supone hallarse el cadáver de doña Inés.

ESCENA PRIMERA

ANA, ANDRÉS

- AND. Ha muerto como una santa;
su recuerdo no os afija.
- ANA Si ni aún llorar me es dado!
¿Dónde estais, lágrimas mías?
Quedan ya secas las fuentes
que manaron noche y día.
Además, yo no lloraba
su fin bien digno de envidia:
para un alma cual la suya,
que en negro dolor se abisma,
la muerte es vida dichosa
y muerte fiera la vida;
mas la condición humana
es de suyo tan egoista
que nunca dejara aquello
que le solaza ó alivia.
Murió Inés, por su ventura;
mas su bien me contraria,
porque me deja en el mundo
á solas con mis desdichas.
- AND. Comí el pan de vuestra casa:

el dulce amor de familia
probé con vuestros mayores
—Dios sus virtudes bendiga:—
si ellos murieron, es justo
que Andrés os tenga por hija.
Sola no estais, pues os restan
mi afecto y mi compañía.
Es cierto Andrés.

ANA

AND.

Ya soy viejo;
pero Dios hará que viva
hasta tanto que llegaren
para vos mejores días.

ANA

No os entregueis á ilusiones
que vierais presto fallidas.
Yo, fuí alegre y retozona
cual inocente avecilla,
sin creer que el mundo fuese
mas que un valle de delicias,
y cuando en esta confianza
más engañada vivía,
todas mis quimeras, todas,
cayeron desvanecidas.
*Ay! de entonces, para siempre
*huyeron mis alegrías!
*Remordimientos y dudas,
*sin cesar me martirizan,
*y recordar mi inocencia
*de continuo me asesina.
*Mi buen Andrés, vuestro afecto
y vuestra adhesión me obligan.
Yo os miro cual otro padre;
pues, sin vos, la huerfanita,
en su niñez, no supiera
que son amantes caricias.
*Cuando, tras aquella noche
*cuyo recuerdo horripila,
*el más triste desamparo
*vino á colmar mis desdichas,
*si mi tutor me arrojaba
*de su casa lleno de ira,
*cual si viera en mí, de pronto,
*una alimaña maldita,
*mis casi agotadas fuerzas
*vuestra lealtad sostenía.

*Fuimos á esta casa, donde
*nos acogió Inés benigna...
*y donde llegué á ser madre
*del hijo del alma mía!
*El, ella y vos erais solo
*de mi consuelo la cifra:
*plugo á Dios que Inés muriera
*—en su seno El la reciba—;
*mas ante tan rudo golpe,
*me siento desfallecida.

AND. *Pero el niño y yo quedamos.

*Vivid vos para que él viva.

ANA

*Pobre hijo mío! No espero

*que mi lengua le trasmita

*los acerbos sinsabores

*que darle al ser me traía,

*ni juzgo que pueda verme

*en tiempo tal que conciba

*un trasunto de su madre.

AND.

* (Angustiado.) Oh! callad! Dios nos asista.

ANA

*No hay remedio! Inés ha muerto.

*Nos conocimos de niñas:

*en feliz claustro, los años

*pasamos entretenidas:

*el mismo fin nos sacaba

*de aquella mansión bendita:

*por terrible coincidencia,

*nos hizo un hombre sus víctimas..

juntó el dolor nuestras lágrimas.

Ha muerto mi dulce amiga,

me falta su apoyo, y siento

que pronto debo seguirla.

(Aparece en el dintel de la puerta el Escultor, llevando debajo del brazo una cartera forrada de pergamino.)

ESCENA II

ANA, ANDRÉS, ESCULTOR.

Esc. Ah de casa!

AND. ¿Quién? (No espero
volver á verla feliz.)

ANA Pasad.

Esc.

Soy Alonso Ortiz,
el maestro imaginero.

(Desaparece Andrés por el foro.)

ESCENA III

ANA, ESCULTOR.

Deseo saber si es cierta
la triste nueva que oí.
¿Doña Inés de Ulloa, aquí
falleció?

ANA

Esc.

(Con dolor.) Si. ¡Muerta! muerta!
Que Dios la tenga en su gloria.
Una amorosa pasión
le envenenó el corazón.

ANA

Esc.

Pues ¿conocéis vos la historia?
Si, noticias de ella tengo
que aun tal vez vos ignoráis;
conviene que las sepáis
para decir á que vengo.
Así que tan desalmado
el viejo Tenorio vió
al hijo á quien tanto amó,
cayó sin fuerzas, postrado.
Mirándose, de un momento
á otro, cercano á espirar,
no quiso el mundo dejar
sin hacer su testamento.
Que en sus bienes, prevenía,
no le fuese á suceder
don Juan, y, dando á entender
que su raza se extinguía,
y á todo poniendo tasa,
y á su pensamiento fiel,
ordenó que, muerto él,
se derribase su casa.
Además, que de su hacienda,
habíase de fundar
en aquel vasto solar,
con suficiente prebenda,
un gran asilo mortuorio
que ofreciese bien cabal,

á la pompa mundanal
un lugar expiatorio,
queriendo que en lugar fijo,
distinto, bello y capaz,
durmiesen en santa paz
las víctimas de su hijo.
¿Lo sabiais ya?

ANA (Con pena.) De sobra.
Esc. Sí? Pues á mi asunto voy.

Es el caso que yo estoy
encargado de tal obra,
desde disponer su traza,
á proyectar su jardin,
labrar estátuas; en fin,
de todo cuanto ella abraza.
Y como irá por derecho,
doña Inés alli á morar,
quisiérala figurar
cual reposando en su lecho.

Vengo sin mas digresiones,
á ver si me concedéis...

ANA Comprendo, si. Entrar podéis,
á dibujar sus facciones.

Esc. Oh! Gracias. Mi pensamiento
adivinastéis, á fe.

Otra cosa os pediré
dirigida al mismo intento.

ANA Explicaos.

Esc. La escultura

yo en mi vida concebí
en obras do solo ví
el bulto de una figura;
pero se lleva la palma
si trasmite á la frialdad
de la materialidad
la transparencia de un alma.
Cuando, igual que al sabio, al necio,
logra el arte hacer sentir,
entonces, cabe decir: \\
«el arte, no tiene precio.»
Más para ser elocuente
así, el artista, á mi ver.
debe sentir y creer
de corazón lo que intente.

- Me haréis pues merced cumplida
si á la amiga que lloráis,
cual era, me presentáis,
contando su triste vida.
- ANA Muy niña, perdió á su madre:
en el claustro se educó:
de allí, sólo la sacó,
para casarla, su padre.
El desenlace terrible
de su amor, no he de contar.
- Esc. Lo sé.
- ANA Cual rayo fué á dar
en su corazón sensible.
Y, en fin, no sé ya qué os diga
de la infortunada Inés
y de su vida, si no es
que era fiel y dulce amiga;
que se encerraban en ella
tesoros de caridad;
que, fué su irnata bondad
digna de mejor estrella;
que en ruego y llanto copioso
su vida aquí derritió,
y, ni muerta, abandonó
el hábito religioso.
- Esc. Vamos á verla. ¡Qué encanto
me da vuestra relación!
Vamos.
- ANA Diréis con razón,
de su belleza otro tanto.
(Oh! cuán febril te dispones
á honrar á mi amiga leal...!
¡Feliz mil veces, mortal,
que aún conservas ilusiones!)
(Entran los dos en el aposento donde se supone hallarse el
cadáver.)

ESCENA IV

ORSINO, entrando guiado por Andrés, que se vuelve, al dejarle en el dintel de la puerta.

*No son su rara hermosura
*ni su preclaro blasón

*las prendas que más me incitan
*á declararle mi amor:
*es ver á la virtud misma
*que en tal mujer se encarnó,
*desamparada, cual llora
*su honor manchado á traición
*por el que obró con mi hermana
*igual designio feroz.
*Si logro ser de Ana esposo,
*me erijo en su protector,
*y cobra el ódio más fuerzas
*siendo los agravios dos.
*Entonces, hallaré al mónstruo
*y, al cogerlo, por quien soy,
*después que lo pisotee,
le partiré el corazón.

(Aparece Ana,)

ESCENA V

ORSINO, ANA

Señora, os beso las manos
rendidamente.

ANA (Admirada.) Señor..

OR. Vuestro servidor atento
el noble Antonio de Orsino.

ANA No os conozco.

OR. Lo adivino.

Tengo en Nápoles mi asiento.
Sin embargo, vos me visteis
en día bien señalado;
más, yendo yo enmascarado,
conocerme no pudisteis.

ANA ¿Seríais, tal vez...? (Sorprendida.)

OR. El mismo
que suponéis. Más calmaos.
Dejad que os hable.

ANA (Con interés.) Sentaos.

OR. No receléis que embolismo
alguno conmigo traiga,
pues en debida manera
sabré probaros la austera

- fe que en mi pecho se arraiga;
y, si queréis lo bastante
á ser de mi firme prenda,
hablad, pues sin que me ofenda,
vais á tenerlo al instante.
- ANA No hay de tales precauciones
necesidad hasta ahora.
- OR. Tal vez la veáis, señora
al escuchar mis razones.
Turbar vuestro sentimiento
no quisiera en modo alguno;
más he creído oportuno
elegir este momento
en que el dolor os acosa
para á vos llegar amante,
y pidiros suplicante
que accedáis á ser mi esposa!
Oh! dignaos dar respuesta
á mi pasión favorable!
¿Qué decís?
- ANA (Asombrada.) Es admirable,
me asombra vuestra propuesta.
Vos no sabéis de qué modo
vine á quedar desdichada,
perdida y anonadada.
- OR. Os engañáis; lo sé todo,
y eso más me incita á amaros.
- ANA Abandonad tal quimera.
Nunca elijáis compañera
de quien podáis sonrojaros.
- OR. No vos, don Juan es culpable
de acción tan fea y villana.
Lo mismo obró con mi hermana
aquel mónstruo abominable.
Siendo esta joven y bella,
el duque de Montanaro,
amigo mío el más caro,
llegó á enamorarse de ella.
Por mí, se vieron y hablaron,
pues yo les favorecía;
juráronse fe aquel día,
y locamente se amaron.
No sé cómo don Juan supo
aquel amante concierto.

Misterio fué; más es cierto
que tal desdicha nos cupo.
Así, el traidor, diligente,
como al noble amante odiaba,
un vil proyecto fraguaba
contra mi hermana inocente.
Escalando el vil maldito,
de noche mi hogar honrado,
por la violencia, logrado
vió su nefando delito.

ANA (Impresionada.) ¡Qué historia, Virgen María!
OR. Pues os molesta, la dejo;

más un instante no cejo
en mi amorosa porfía,
y que seré siempre os digo
esposo fiel y constante
cual para su pobre amante
ha sido el duque mi amigo.

ANA Un hombre llegó á inspirarme
su pasión abrasadora,
y, logrando otro, en mala hora,
la pureza arrebatarme,
me sumió en las amargas
mayores que se conciban,
pues de mí, con la honra, se iban
amor, amante y venturas.
Si hombres el mal que me aqueja
labraron ¿podré ya á alguno
amar jamás?

OR. (Con entusiasmo.) Pues hay uno
que siempre os ame y proteja,
que en vos pone la esperanza
de que el odio enconaréis
para que él y vos toméis
de don Juan cruda venganza.
Que ha vuelto aquí me han escrito.
¿Sabéis si es cierto?

ANA Imposible!

Una sentencia terrible
le obliga á vivir proscrito.
¿Pero dónde está?

OR. Lo ignoro.

ANA ¿No me daéis una muestra
OR. de vuestro afecto?

ANA.

No.

OR.

Vuestra

indiferencia deploro.

*¿Inútilmente porfio?

*inútilmente me aflijo?

ANA

*No puede ser. Tengo un hijo.

OR.

*No importa; será hijo mío.

ANA

*No jamás, jamás su madre,

*por protector le escogiera

*á un hombre que le indujera

á odiar á su mismo padre.

(Levantándose.)

Y, en fin, dejad vuestro intento,

que fuera ya impertinencia,

pues yo, con vuestra licencia,

me retiro á mi aposento.

Que os guarde Dios.

OR.

(Pasmado.)

El os guarde.

(Recapacitando)

Ella no le odia... (Súbitamente.) Qué idea!

Aquí, tal vez, pronto vea

Lo que pensé hallar muy tarde.

(Desaparece precipitadamente.)

ESCENA VI

ANA, ESCULTOR apareciendo.

ESC.

(Extraña vida angustiada

en que lleva tal encanto

el dolor, que, sin el llanto

el arte no fuera nada!)

ANA

¿Acabasteis?

ESC.

Si, señora;

mas hice un pobre dibujo.

(Muestra el retrato de Inés á Ana, que lo besa en ternecida.)

¡Bendito Dios, que produjo

aquel rayo de la aurora! (Por Inés.)

ANA

Cuando estéis en oración,

no la tengáis en olvido.

ESC.

Y á Dios rogadle, os lo pido,

que aliente mi inspiración.

(Ayer tan bella y lozana, (Por Ana.)

y hoy tan cerca de la muerte!
¿Quién sabe si, para hacerte
la efigie, vendré mañana!)
(Desaparece, triste y meditabundo, por el foro.)

ESCENA VII

ANA, dirigiéndose á la puerta que hay al lado del aposento
de doña Inés.

¡Qué soledad! Nadie viene
que no perturbe mi calma,
ó mi dolor no envenene.
Solo tu amor me sostiene,
hijo querido del alma.
(Entra en el aposento.,

ESCENA VIII

ANDRÉS, conduciendo á **D. JUAN**, que va desfigurado con cabellera y barba lenguas y viste hábito de peregrino. Ambos se dirigen á la estancia de doña Inés.

AND. (Señalando á don Juan el aposento de doña Inés.)
Rezad, ya que os empeñáis
con la piedad que os inflama.
Yo lograré que de mi ama
buena limosna obtengáis.
(Desaparece Andrés por el foro.)

ESCENA IX

D. JUAN, deteniéndose ante la puerta.

Ir hacia ella es mi anhelo;
mas cuando avanzar intento,
¿porqué será que me siento
como clavado en el suelo?
(Mirando en torno suyo.)
Recuerdo que obtuve aquí
la felicidad, un día:
que súbitamente huía
lejos, muy lejos de mí:
que el ansia me devoraba

de poderla recobrar:
que no la pude alcanzar,
pues siempre mas se alejaba:
que, con dorados reflejos
yo la soñé delirante,
y huía de mí al instante
mas lejos siempre, mas lejos.
Por fin, desprecio mi vida,
y á conseguirla me lanzo;
mas ¡oh dolor! verla alcanzo
eternamente perdida.

(Resuelto.) Por última vez, mis ojos
mírenla y contemplen cierta
mi esperanza helada, yerta
en sus mortales despojos.

(Descorre la cortina de la estancia y cae de rodillas.)

Fragantísima azucena,
blanco y purísimo lirio
que en doloroso martirio
pagaste la culpa ajena,
tu suerte dura me apena,
me desgarró el corazón,
y lloro mi sinrazón,
por ella al verte sin vida,
lo cual es, mujer querida,
mi más terrible expiación.
Será mi dolor eterno,
todo el mundo hallaré frío,
sin flores, sol ni rocío,
viviré en perpetuo invierno,
Los tormentos del infierno
mayores no pueden ser
que este horrible padecer,
pues mi más cruda sentencia
es no verte en mi presencia,
encantadora mujer.
Yo en mis brazos llevaría
tu precioso cuerpo helado
á un lugar solo, apartado,
y junto á ti viviría
implorando noche y día
de mis faltas el perdón
y tu eterna salvación;
mas no puedo, por desgracia,

no creyendo en la eficacia
de la mística oración.
Fenezca la vida mía
pues que tu vida ya no arde.
Si no fuera que cobarde
el mundo me llamaría,
yo mismo me mataría
y no me volviera atrás
en mi propósito; mas
sea yo un loco, un malvado,
un pérfido condenado,
pero ¿cobarde? Jamás!
Vuelva el vivir licencioso
sin ley alguna, sin freno.
Yo, quise un día ser bueno
y creyente religioso
para llamarme tu esposo,
para merecerte á ti...
Mas, si todo lo perdí,
¿quién tal procura ó consiente?
¿Dónde está ese Dios clemente,
que no se apiada de mí?
Pero, si tras de la nada
de esta vida miserable,
es, con gloria perdurable
la virtud recompensada,
ven, y, de un soplo, inflamada
deja mi alma en tu piedad,
pues, si es tal mi adversidad
no pudiendo aquí tenerte,
¿que fuera ¡ay de mí! perderte
por toda una Eternidad?
Fragantísima azucena,
blanco y purísimo lirio,
ya se acabó tu martirio,
ya nada aquí te encadena!
Oh! duélete de mi pena!
¡Recobra vida y acción
por la vehemente efusión
de un ardiente beso mío,
ó deje tu labio frío
helado mi corazón!

(Se levanta para realizar su intento; pero Ana, que estaba escuchando desde la puerta del lado, corre á interponerse.)

ESCENA X

DON JUAN, DOÑA ANA

- ANA Mientras yo aliente, jamás.
JUAN (Sorprendido.) ¿Quién á impedirlo se atreve?
ANA Quien puede y hacerlo debe.
¡Atrás, insensato! atrás!
Ya que fuisteis vos autor
de las desdichas presentes,
dejad á los inocentes
á solas con su dolor.
Cesad ya de proferir
blasfemias y alardes fieros.
No cometáis desafueros
en quien dejó de existir.
- JUAN (Insistiendo con firme resolución.)
Pues no habrá nada tan fuerte
que ataje mi voluntad.
- ANA (Oponiéndose y pugnando con don Juan.)
Oh! no entraréis. Respetad
la impotencia de la muerte.
- JUAN (Luchando.) Mis fuerzas lo lograrán.
ANA Si dais un paso adelante,
pido socorro al instante,
y estáis perdido, don Juan.
- JUAN (Cesando.) Pues llama, grita, alma impía,
si perderme es tu querer.
¿No sabes que esa mujer
es mía, tan sólo mía?
¿Que con afán llegué á amarla?
¿Que, tras un año de ausencia,
con riesgo de mi existencia,
aquí he venido á encontrarla?
Ay! yo soñaba ventura,
y hallo amarguras sin tasa:
¡un cementerio es mi casa,
mi amor una sepultura!
- ANA Si la fortuna se os muestra
adversa, considerad
que tanta calamidad
fué obra tan sólo vuestra.
- JUAN Oh mujer! loco me pones,

y no podré contener
mi furia! Vete, mujer,
con tus recriminaciones.

ANA ¿Mandar tú cuando yo aquí
pudiera llamarte á cuentas?

JUAN Saldarlas en vano intentas.

ANA (Con desdén.) Yo, nada quiero de ti.

Mas, si, después que yo muera,
quiere Dios que, arrepentido,
llegues á dar al olvido

tu cruel instinto de fiera
y seas trocado en hombre,
piensa que un hijo te llama
aquí y á voces reclama

tu amor, tu apoyo y tu nombre.

JUAN ¿Un hijo yo? ¡Maldición!

Viborezno de ralea,
maldita contigo sea
la humana generación.

ANA (Horrorizada.) Sal de aquí, demonio infame.

JUAN Raza humana maldecida!

Yo no quiero que en mi vida
nadie hijo mío se llame.

Nunca hubo aquí lazos tales,
no hay padres, hijos ni hermanos;
son, entre sí, los humanos
lobos, tigres y chacales.

Yo mismo...

ANA Sal, por favor!

JUAN Fiera, cual dices, me siento;
no tengo patria, ni asiento,
ni Dios, ni casa, ni amor.

(Aparece corriendo Andrés.)

ESCENA XI

DON JUAN, DOÑA ANA, ANDRÉS

AND. (Azorado.) Señora, grave noticia
os traigo.

ANA (Alarmada.) ¿Qué es lo que pasa?

AND. Que van cercando la casa
muchos hombres de justicia.

- ANA (¡Ay de mí! Pierdo el sentido.)
(Alto á Andrés.)
Mirad si subiendo están.
(Desaparece Andrés.)
¿Qué hacer? ¿qué hacer? ¡Ay don Juan,
sin remedio estáis perdido!
- JUAN (Con resolución.)
Mi disfraz, en ese caso,
no sirve ya para nada.
Lo arrojo, saco la espada,
y, con ella, me abro paso.
- ANA No hagáis tal, por compasión,
pues semejante imprudencia
diera de vos evidencia
y aumentara mi aflicción.
- JUAN ¿Quién es que á mí se opondrá?
ANA Por Dios, don Juan, serenaos.
Indiferente mostraos,
y el disfraz os salvará.
(Aparecen el Alguacil 1.º, corchetes y Orsino, precedidos de Andrés.)

ESCENA XII

D.^a ANA, D. JUAN, ANDRÉS, ORSINO, ALGUACIL 1.º,
CORCHETES.

- AND. Señora...
ALG. 1.º En nombre del Rey.
ANA Su nombre y su ley acato.
Pasad. (A don Juan.) Volved otro rato.
¿Oís? (Dándole una moneda, que él besa.)
- JUAN (Yendo hácia el foro con aire conpungido, como rezando.)
Miserere mei
Deus.
(Todos le abren paso con muestras de respeto. Don Juan desaparece.)

ESCENA XIII

D.^a ANA, ANDRÉS, ORSINO, ALGUACIL 1.º, CORCHETES

- ALG. 1.º (A Ana.) Hay que hacer un registro.
Perdonad si os incomodo.

ANA No. Franqueádselo todo,
Andrés, al señor ministro.

(Andrés, el Alguacil y los Corchetes, desaparecen por una
de las puertas laterales.)

ESCENA XIV

ANA, ORSINO.

OR. Si en tal hora una visita
de la justicia tenéis,
la medida no extrañéis,
pues mi afán la solicita.

ANA ¿A qué viene tal afán,
afán que parece insulto?

OR. A sospechar yo que, oculto
aquí, tenéis á don Juan.
Si me llegué á equivocar,
perdón os pido al instante.

ANA Hace ya tiempo bastante
que he aprendido á perdonar.
Favor de Dios solo alcanza
quien perdona al enemigo.

OR. Mi agravio trae consigo
necesidad de venganza.
Ella es de mi honra crisol
do mi alegría se fragua,
lo que al sediento es el agua,
lo que á las plantas el sol.

ANA Ved que ese ultraje inhumano
borró el duque generoso.

OR. Si es que lo olvida el esposo,
debe vengarle el hermano.

ANA Pues quien sus odios no acalla
ve, tras el furor sangriento,
al negro remordimiento.

(Vuelven á aparecer Andrés, Alguacil y Corchetes por la
otra puerta.)

ESCENA XV

ANA, ORSINO, ANDRÉS, ALGUACILES 1.º, 2.º
Y CORCHETES.

ALG. 1.º Aquí tal hombre no se halla.

ALG. 2.º (Apareciendo jadeante por el foro.)
Corred, corred. Pierdo el tino!
Se ha logrado escabullir,
de aquí le han visto salir
en traje de peregrino.

(Desaparecen corriendo Alguaciles y Corchetes. Andrés los sigue pausadamente. Movimiento de sorpresa y desesperación en Orsino.)

ESCENA XVI

ORSINO, ANA

OR. ¿Quién de vos creyera tal?

ANA Quien sólo hacia el bien camina,
quien profesa la doctrina
de devolver bien por mal.

OR. Sepa yo donde él se encierra,
aunque sea menester
para hallarle, revolver
las entrañas de la tierra.

(Vase precipitadamente.)

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO



CUADRO PRIMERO



Saloncito en casa de don Juan. Puertas laterales y una sola en el foro
Asientos y otros muebles de la época.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, CIUTTI.

JUAN ¿El repostero marchó?
CIU. Antes que todos, Fabricio.
 Tan solo á vuestro servicio
 quedamos Brígida y yo.

JUAN Vengan otros.
CIU. Los tomara;
 mas ni uno pude traer
 llegándoles á ofrecer
 hasta un ojo de la cara.
 Que sois vos, dan en decir
 uno á uno y todos juntos,
 evocador de difuntos.

JUAN Ganas me dan de reir.
CIU. Se ha sabido la bravata
 que hicisteis...

JUAN ¿Por convidar
 á don Gonzalo á cenar?

- Qué necios!
- CIU. Si? Patarata!
- JUAN ¿Pero, la cena...? (Preocupado.)
- CIU. Vendrá.
- Yo, fui también cocinero;
no os inquietéis, que el pandero
en buenas manos está.
Pienso que no tendréis queja
del festín que he preparado
para esta noche, ayudado
por la araña de mi vieja.
- JUAN ¿Y traje...?
- CIU. Con sus cuidados,
tal ella supo escoger,
que lo habéis de agradecer
vos y vuestros convidados.
- JUAN Pon, en la mesa, un cubierto
de más.
- CIU. Cómo?
- JUAN Hay que cumplir
con todos. Puede acudir
á mi festín de hoy el muerto.
- CIU. (Sobrecogido de temor.)
Oh! No sé por qué razón...
Yo con los muertos no juego.
- JUAN Estúpido! calla, y luego
cumple con tu obligación.
(Ciutti, corrido, desaparece por la izquierda.)

ESCENA II

DON JUAN

Va declinando mi estrella,
lo veo, y siento, en verdad,
que toda contrariedad
ya me produce honda mella.
Mi astro camina á su ocaso.
Hasta el populacho vil
que me admiraba febril
no hace de mí ningún caso.
Amigos que tuve un día
de mí apartándose ván,

y aun el tatur y el rufián
evitan mi compañía.
Mis pasos son vigilados,
me espian en toda acción,
y, en fin, la superstición
llega á ahuyentar á mis criados.
Tal es este imbécil mundo
que ayer mi nombre llenó;
mas siempre le pagué yo
con un desprecio profundo.
Sea yo á todo impasible.
Podránme algún día ver
rindiendo á la muerte el ser;
mas, abatido, imposible!

(Aparecen Orsino, vestido de capitán español, y Avellaneda.)

ESCENA III

DON JUAN, ORSINO, AVELLANEDA.

JUAN Oh mis amigos queridos!

AVELL. Somos muy vuestros, don Juan.

OR. Os saludo. (Desde la puerta.)

JUAN Capitán,

entrad sin hacer cumplidos.

OR. Vuestra bondad me embelesa.

JUAN Más aún á mí vuestro trato.

(Dirigiéndose á los dos.)

Ea! sentaos un rato
mientras nos ponen la mesa.

No personas á mí extrañas,
hermanos, os considero.

AVELL. Oh...! (Inclinándose.)

OR. Favor.—Así mi acero
te partiese las entrañas!—

(Se sientan.)

AVELL. Como en tratarle sois nuevo,
aún no le habéis conocido.

OR. (A Avellaneda.) Desde ayer, y á vos querido,
es á quien su amistad debo.

AVELL. Mas ya su influjo sentís.

JUAN Basta, por Dios, caballeros,
dejad de ser lisonjeros.

Otra cosa es si decís
que, aun cuando soy casquivano
y á ley alguna me avengo,
para los amigos tengo
el corazón en la mano.

Eso, podría pasar,
porque conmigo se aviene,
me es natural; mas no tiene
nada de particular.

AVELL. Os honra tanta modestia.

OR. Oh! si.

JUAN (Impaciente.) Porfia enojosa...
Hablad, hablad de otra cosa.

AVELL. Pues, si no os causa molestia,
esta será la ocasión
de que cumpláis lo ofrecido,
contando lo sucedido
durante la expatriación.

JUAN Ayer en el cementerio
recuerdo que, os lo ofrecí.
Entonces no os complaci
no para hacer un misterio
de lo que nunca encubri;
fué por afán de atraeros
con semejante cuidado
unas horas á mi lado
y casa y mesa ofreceros.

OR. —De matarle, estoy tentado.—

AVELL. Que os aceptamos. (A don Juan.)

OR. (A don Juan.) Con gusto.
(Orsino, se inclina ceremoniosamente.)

JUAN Y, pues mi deseo halaga
veros á mi lado, en paga
de tanto favor, es justo
que, á mi vez, os satisfaga.
Cuando yo, en aciago día
dí la muerte airado y fiero
al de Ulloa y á Mejía,
enseguida me ponía
en salvo un buque velero.
Era la Italia mi ideal;
mas, con lo que allí pendiente
dejé, lo pasara mal,
y, obrando á fuer de prudente,

me dirigi á Portugal.
Cual ajeno á todo brío
y de mí mismo olvidado,
sin tener ni un desafío;
viví un año aletargado
con mi recuerdo sombrío.
Codiciando aquel edén
ausente, languidecía,
y, disfrazado, al vaivén
de la suerte, aquí volvía
para recobrar mi bien.
Lleno de consternación
miré mi desdicha cierta:
después de hallar á Inés muerta,
para mayor desazón,
ví la justicia en la puerta.

(Orsino se estremece recordando el hecho.)

Que fué, de veras os digo,
aquel lance de temer;

(A Orsino.) pero Centellas amigo,
el disfraz y una mujer
me salvaron. Con que, sigo.

Perseguido sin cesar
por mi desdicha tirana,
oculto tuve que andar
hasta que volví por mar
á la tierra lusitana.

Muerta ya mi ilusión pura,
la virtud no me sonreía
y á mis hábitos volvía
de la pérfida aventura,
y la crapulosa orgía.

Procuré dejar burlada
á toda mujer hermosa,
y siempre en lucha empeñada
salió triunfante mi espada
de aquella raza orgullosa.

Hube de trocar mi ropa,
pues buscábanme en tropel
paisanos, corchetes, tropa;
así, dejando la Europa,
me guarecía en Argel.

Por nombre, Mahomet tomé
dejando de ser don Juan!

(Viendo que Avellaneda y Orsino se escandalizaron.)

Jamás tuve en nada fe;
no hay que extrañar si afecté
yo allí abrazar el Korán.
Queriendo el ocio esquivar,
y viendo conmigo ingrata
la tierra y amigo el mar,
con mi elemento fui á dar
lanzándome á ser pirata.
Soberbio buque mandaba
con fiera tripulación
que rey del mar me aclamaba,
y allí mi ley pregonaba
la ronca voz del cañón.
Si el mar no daba que hacer,
entonces, en la campiña
de la costa iba á caer
con mi terrible poder
cual un ave de rapiña.
*Cuando entre los que vencí,
*alguna vez conocí
*á quien me dió sinsabores,
*á éste, en vez de muerte, dí
los más acerbos dolores.
Vendí á gentes poderosas
ó las guardé cual rehenes,
les robé joyas preciosas
y de cristianas hermosas
abastecí los harenes.
*Eran mi ley la violencia;
*las cadenas y la amarra,
*y al que hacía resistencia
*le alcanzaba la sentencia
de mi corva cimitarra.
Entonces, de un modo horrible
vengué mi persecución
buscando mi corazón,
á todo bien insensible,
placer y devastación.
*Cuanta dicha el mundo abarca,
*la tuve yo en paz y en guerra
*con mi bajel y con mi arca;
*en el mar, era un monarca
y un héroe rico en la tierra.

Era aquello una locura
de triunfo y de placer,
pero con tanto poder,
vais á saber mi ventura
por donde vino á caer.
Hizo la casualidad
que, al vender unos esclavos
de soberbia calidad,
volviendo á bordo mis bravos,
me quedé yo en la ciudad.
Vióme una mujer del Dey,
y aquel día en el mercado,
por un eunuco comprado,
aunque lo veda su ley,
mandóme amante recado.
Quien nunca infirió desaire
á las hermosas cristianas,
á fe, no tuviera ganas
de hacer agravio al donaire
de las bellas musulmanas.
*Y fui pues; ¡por vida mía!
*¿tímido había de ser?
*Por mí el eunuco volvía;
*y al harén yo le seguía
*disfrazado de mujer.
*«Toma, Mahomet, por esclava
*á la mujer más arisca»—
*ella viéndome, exclamaba:
*«Mi hurí!»—dije, pues yo hablaba
*la algarabía morisca;—
*que era tal su perfección,
*tan incitante y completa,
*cual en mágica ilusión
*no la sueña la ambición
de los hijos del Profeta.
No pude más á su lado
ver mis ansias satisfechas,
pues me avisó, un renegado
de que había yo excitado
en el Dey vivas sospechas.
Tales nuevas aumentaban
seriamente mis recelos,
que en aquel país de velos
y celosías, acaban

siempre en tragedia los celos.
La ciudad abandoné,
yéndome á bordo, enseguida.
Levar las anclas mandé
y hacia el Estrecho viré
partiendo á vela tendida.
Pero, deseando esquivar
á todo trance, empeñada
lucha, evité á Gibraltar,
y el bajel hice fondear
en una desierta rada.
Resolví desde aquella hora
dejar la piratería,
é hice botar sin demora
una barca pescadora
que la gran nave traía.
De un esclavo acompañado
con quien me avine para esto,
con engañoso pretesto,
fuíme sin otro cuidado
que decir: «Volveré presto.»
Cual español, me sirvió
el esclavo, á maravilla,
pues, con industria, sacó
mis tesoros que escondió
en la débil navecilla.
Pasados breves momentos,
nuestros trajes de colores
dimos al mar y á los vientos,
vistiendo harapos mugrientos
de cautivos pescadores.
No supe más del bajel
ni sé si los tripulantes
volvieron después á Argel...
El diablo cargue con él
y con aquellos tunantes.
Cuando á Ciutti en Cadiz ví,
no fué mi ventura poca.
En su casa me metí
con mis bienes. Hasta aquí
todo iba á pedir de boca.
Mas la justicia, que es ducha,
no me tenía olvidado:
yo, me hallaba muy cansado;

y di tregua á tanta lucha
acogiéndome á sagrado.
Feliz, excelente idea
que me salió cual portento,
pues yo llevaba otro intento
y fué toda mi tarea
fingir arrepentimiento.
Y tan bien me porté allí,
que conmovido, el prelado
interesóse por mí,
y por el rey fuí indultado,
con lo que ya sin cuidado,
en fin! me tenéis aquí.

OR. (Fingiendo aprobación.)

Interesante relato.

AVELL. Bravo! Y á la enmienda vais?

JUAN Amigo, os equivocáis,
y de engañaros no trato.

(Sonriendo.)

Si ahora os parezco manso,
Avellaneda, aguardad
á que la necesidad
satisfaga de descanso.

AVELL. (Riendo.) Dios nos la depare buena
¿Aún?

JUAN Soy así. ¿Qué queréis?
Aquí mismo lo veréis.

(Ciutti, que durante la escena ha atravesado muchas veces
por el foro con artículos para la mesa, aparece di-
ciendo.)

ESCENA IV

D. JUAN, AVELLANEDA, ORSINO, CIUTTI.

CIU. Señor, está ya la cena.

(Desaparece.)

ESCENA V (*)

D. JUAN, AVELLANEDA, ORSINO:

- JUAN (Levantándose.)
Como que mi servidumbre
es, al presente, muy corta,
me dispensaréis...
- OR. No importa.
- AVELL. Ello no os dé pesadumbre.
Dispensar? Ni por asomo
donde está vuestra hidalguía.
¿No habrá alegre compañía?
- JUAN Alegre? Según y como.
- OR. ¿Pues qué hay?
- AVELL. Decid.
- JUAN Ya sabéis
que convidé á don Gonzalo
en el cementerio.
- AVELL. (Malo!)
- OR. ¿A vuestras chanzas volvéis?
- JUAN Yo de los muertos me río;
mas cuidado que si él llegara,
ni en vosotros tolerara
un desaire al huésped mío.
- OR. Pero...
- JUAN No, no habrá ocasión.
Con que, á cenar...
- OR. (Devolviendo cumplidos á Avellaneda.)
Pasad.
- AVELL. (Pasando.) Vamos.
- OR. (Locura! vicio...! Finjamos,
y calla tú, corazón.)
(Desaparecen los tres por la puerta lateral en que se supone
el comedor. Adentro se oyen palmoteos y risotadas
mezclándose con el preludio de una melodía que ejecu-
tan dos ó tres instrumentos.)

(*) Se ruega á los directores que impriman animación á la escena del festin, que sesupondrá adentro, haciendo que oportunamente se dejen oír risotadas y ruido de vajilla; empero de modo que no descomponga en nada lo que se representa á la vista del espectador.

ESCENA VI

CIUTTI, BRÍGIDA, que andará cojeando, apoyada en una muleta de mano, (*)

CIU. Las damas ya con los músicos
estaban allí aguardando.

Fué una agradable sorpresa.

BRÍ. Pues vaya, los convidados
no se hallarán descontentos
con tan gentil agasajo.

Don Juan no cabe de gozo.

CIU. El, ya de nada hace caso.

BRÍ. Así sois todos los hombres;
antojadizos y varios.

Tú mismo, siempre estuvieras
andando de picos pardos

con aquella, con la otra,
la de enfrente y la del lado,

si no fuera que yo celo
y vigilo más que un Argos.

CIU. ¿Qué dijiste, pecadora?

Si de ello me tienes harto,
tanto, que ya las narices
se me hinchan, que casi estallo
y el mejor día, concluyo
el rosario á linternazos.

BRÍ. ¿A tu mujer osarías
azotar? Canalla, bárbaro!

¿A tu mujer? ¡Ay!

CIU. Mentira.

*Tú mi mujer? Renacuajo!

Las viejas no sois mujeres.

BRÍ. Oh! qué dices mal cristiano?

CIU. Sois murciélagos, lechuzas,
víboras, duendes y trasgos,
purgatorio en esta vida
de los hombres insensatos
que pescáis en vuestras redes

(*) No se olvide que en este acto Brígida debe aparecer con anteojos negros, el rostro mas ajado y manifestando en la voz, en los movimientos y en todo, los estragos del tiempo y los achaques.

- para que vivan deseando
y, en pecado, una vez muertos..
vayan con todos los diablos.
- BRÍ. Fué á tus ardidés, mal hombre,
si sucumbió mi recato.
Y, tras de este sacrificio
y los muchos que me callo
é hice para mantenerte
bien vestido y regalado
como mula de arzobispo
los cinco mortales años
que en Cádiz, vivimos solos,
¡mira el generoso pago
que hallo en ti!
- CIU. Calla! Silencio!
- BRÍ. ¿Que calle?
- CIU. Silencio!
- BRÍ. Ingrato!
- CIU. Eh! déjate de sermones.
Echa la salsa al guisado
y tráelo aquí. Corriendo!
- BRÍ. (Aparte, desapareciendo.)
Uf! y qué genio más malo!
- CIU. (Hablando consigo mismo.)
Sí, dulce fué aquella vida:
de día y de noche holgando
con el bolsillo provisto,
libre de pena y cuidados,
siempre jugando ó bebiendo,
sino, bebiendo y jugando...
¡Oh vida, vida dichosa!
(A Brígida, que viene con una fuente.)
A prisa, á prisa, volando!
(Desaparece por el lado opuesto.)
- BRÍ. (Yéndose á acechar.)
A ver qué tal vá allá dentro.
(Se oyen carcajadas.)
Siento envidia al contemplarlo.
Don Juan, á lo que parece,
con ellas vá platicando:
Avellaneda las mira,
válgame Dios, con qué ojazos;
pero el capitán Centellas
más bien parece ermitaño
que hombre joven y de mundo:

ni de una sola hace caso,
con todo y ser ellas mozas
que hicieran pecar á un santo.
Mas ¡ay! que Ciutti acá vuelve.
con el gesto a vinagrado.

(Corre al extremo opuesto y se sienta como fatigada. Vuelve Ciutti.)

Ciu.

(Aparte, de muy mal humor, sin reparar en Brígida.)

Vaya, no puede sufrirse.
Ir, como un perro, jadeando
de la mañana á la noche
para tener el gustazo
de contemplar que otros gozan
delicias que yo no cato,
condenado á esa estantigua,
á esa calavera andando!

(Se oyen risas adentro.)

Reíd! Yo, por esta boca,
echara cada pecado
que retemblaran los cielos
y el mundo se fuera abajo.

(Reparando en Brígida.)

¿Qué haces ahí, viejarrona?

Brí.

Tomar aliento y descanso.

Ciu.

Hay que preparar...

Brí.

Descuida,

que todo está preparado.
Rendida voy, y en mi cuerpo
se ceba el dolor reumático.
En mala hora de esta casa
se fueron todos los criados.

Ciu.

¿Y estuviéramos nosotros
á no ser nuestros trabajos?

Brí.

Oh! Jamás nos hallaremos
como en Cádiz nos hallamos.

Ciu.

¿Qué hacer, si todo en la vida
se acaba tarde ó temprano?

Fué la justicia envidiosa
de tus negocios honrados,
y no hubo ya otro remedio
que marchar, al fin y al cabo;
siendo fortuna ponernos
de tal señor al amparo.

Brí.

Mas que de bien poco sirve
ya.

- Ciu. Todos le van dejando;
si casi no tiene amigos!
(Oyese la música.)
Pero ¿en qué pienso, que charlo
y me olvido de la mesa?
(Contrariado.) Tráeme el pastel. Canario!
(Brígida se mete dentro, y al momento vuelve trayendo un
pastel.)
- Brí. (Entregándoselo.)
Soberbio pastel de liebre!
- Ciu. Así se volviera gato!
(Desaparece por el lado opuesto.)
(Adentro cantan.)

CORO (*)

- Vengan coronas de flores
que frescas ornén la sién:
perfumes embriagadores
truequen la estancia en Edén.
Cojines ricos, mullidos,
nos brindan ya á descansar
y embarga nuestros oídos
el voluptuoso cantar.
- VOCES (Riendo.) Ah, ja, ja, ja!
Ah, ja, ja, ja!
(Vuelve Ciutti.)
- Ciu. Sí, pues, como iba diciendo,
no marcha muy bien el amo.
A veces, le miro á solas
andar triste y cabizbajo...
Más, calla, ya á cantar vuelven.
Bella es la canción; oigamos.

CORO

Millares de antorchas, luego
esparzan ríos de luz,
y el vino semeje fuego
de las copas al trasluz.
Es un placer ir bebiendo
sin hallar la saciedad
y en brazos languideciendo

(*) Siempre que no sea enteramente imposible, ejecútense la canción, y si pareciese larga, omitase la estrofa segunda.

de una amorosa beldad.

VOCES Ah, ja, ja, ja!
 Ah, ja, ja, ja!

CIU. (Hablando aprisa, como para poder oír la canción.)

Pues le llegará su día
á don Juan, y ha de llegarnos
también sin falta á nosotros.

Yo, creo morir remando
en imperiales galeras;
á ti, convertida en pavo,
te sacarán en triunfo,
y, montada en gentil asno,
recibirás una lluvia
de zanahorias y nabos.

BRÍ. (Con enojo.)

Calla, calla, mala lengua.
¿Lo he merecido yo acaso?

CIU. Sí, por bruja, por ladrona
y... lo demás, de que no hablo,
mucho peor todavía.

BRÍ. Oh! calla, calla, malvado!

CORO

Música, luces y olores
inúndennos de placer,
sus besos devoradores
nos prodigue la mujer
y el néctar dulce apuremos,
porque todo pasará...
Hoy, entre el goce, olvidemos
lo que mañana será.

VOCES Ah, ja, ja, ja!
 Ah, ja, ja, ja!

(Suena un fuerte aldabazo, Ciutti y Brígida se estremecen.
Cesa la música.)

CIU. Quien llamará?

BRÍ. A tales horas!

(Se oye otro aldabazo fuerte.)

JUAN (Desde dentro.) Ciutti, ¿llaman?

CIU, Voy volando

á la ventana á saberlo.

(Aparte yéndose.)

(El corazón me dió un salto

- no sé por qué.)
- BRÍ. (Con temor.) Me parecen
siniestros los aldabazos.)
- CIU. (Yendo hasta la estancia del festín.)
No hay nadie. (Vuelven á llamar.)
¿Otra vez? Jurara
que vuelvo á llevarme chasco.
(Vuélvese á mirarlo. Brígida se queda atónita. Dentro rien
y hacen ruido con los vasos.)
(A Brígida.) Lo dicho.
(Acercándose al comedor.)
Nadie parece.
- BRÍ. Pues mira, Ciutti, que es raro,
CIU. Diversiones solo propias
de necios desocupados.
Si cojo á alguno...
- BRÍ. Confieso
que vivo con sobresalto
sabiendo que á los difuntos
retó don Juan temerario
y á don Gonzalo de Ulloa
tiene para hoy invitado.
- CIU. (Sonriendo.) Y temes que venir pueda?
- BRÍ. Cuentan que se han dado casos
de muertos que aparecieron.
- CIU. (Yo, muy tranquilo no me hallo.)
(Alto.) No seas necia. Disponme
los tres faisanes dorados.
(Brígida se dispone á hacerlo; pero Ciutti la detiene.)
Mas no los traigas, espera
á que yo cambie los platos.

ESCENA VII

CIUTTI, BRÍGIDA, D. GONZALO EN ESTATUA.

- GON. (Desde dentro.)
Pues te convido esta noche.
(Atraviesa la pared (*) y enseguida se hunde por escotillón

(*) En el Teatro Principal de Barcelona produjo muy buen efecto la aparición del Comendador como atravesando el grueso de un mueble pintado y dispuesto al objeto.

- Ciu. (Dejando caer los platos que traía, al verlo.)
¡¡Oh!!
- Brf. (Cayendo.) ¡Valedme, cielos santos!
(Levantándose y asiendo á Ciutti.)
¡Oh Ciutti, no me abandones!
- Ciu. Huyamos, Brígida, huyamos!
(Desaparecen llenos de espanto.)

ESCENA VIII

DON JUAN

(Con las armas en el cinto, con osadía pero con cierto azoramiento.)

¡Oh! ¿Dónde está? Yo no sé como desapareció.

No fué por la puerta, no.
Yo, sobre él me abalancé;
pero súbito, al instante
de ir á hacerle presa mía,
cual humo se deshacía...

Y oí su voz irritante,
en mi desesperación,
que, fría, grave, serena,
me convidaba á una cena
en su fúnebre mansión.

(Dudando.)

No pudo ser... Imposible!
Yo estaría alucinado
al influjo sojuzgado
de algún filtro irresistible.

(Gritando.)

¡Eh, Ciutti...! Brígida...! Aquí!

(Pausa.)

Oh! sí, á los otros, sin duda
facilitaron ayuda
para reirse de mí.

(Dirigiéndose hacia el comedor.)

Al sueño y demás ficciones
renunciad, pues vá de veras.

(Desde dentro, oyéndose golpearles.)

Afuera, viles rameras
y miserables histriones!

(Se oyen pasos como de gente que huye desfavorida, gritos y chillidos de mujer, golpes dados á instrumentos de cuerda. Aparecen don Juan, Orsino y Avellaneda.)

ESCENA IX

DON JUAN, ORSINO, AVELLANEDA

AVELL. Pero, don Juan ¿qué habéis hecho?

JUAN Castigarles, y aún es poco el castigo.

OR. (Con aire provocador.) ¿Os volvéis loco?

JUAN Sí, loco estoy de despecho. Y castigara, en verdad, á vosotros los primeros á no respetar los fueros que os da mi hospitalidad.

AVELL. Insulto!

OR. Provocación.

(Su faz la venganza asoma.)

JUAN Aprovechásteis la broma que hice ayer en el panteón para darme inoportuno bromazo. Decid: ¿no os pasma que en don Juan vuestro fantasma no produzca efecto alguno?

AVELL. Tenorio...!

OR. ¿Qué es lo que habláis?

JUAN (Con ironía.)
Todos caísteis dormidos...
En fin, muy bien convenidos.

(Movimiento de extrañeza y despecho en los dos.) (Con severidad.)

Es inútil que finjáis.

OR. Vos produjisteis, acaso, nuestro repentino sueño, y ahora soy yo quien empeño tiene en ventilar el caso.

AVELL. (A don Juan.) Mentís vos al atribuirnos vuestras propias inntenciones y ante tales sinrazones...

OR. No hay más razón que batirnos.

AVELL. En guardia, pues. (Saca la espada.)

JUAN (Con dignidad.) Alto abí.
Concluya ese torpe juego, y en paz dejadme, os lo ruego, saliendo pronto de aquí.

- OR. Rasgo digno del malvado
que ejerció toda violencia,
podredumbre de licencia,
pirata y vil renegado.
- AVELL. Que hipócrita amaina velas
para eludir su castigo.
- JUAN Infames! obráis conmigo
como viles mujerzuelas,
pues lo que se celebrara
por vosotros...
- OR. No!
- AVELL. Mentís!
- JUAN ¿Con qué derecho venís,
decid, á echármelo en cara?
- OR. ¡En guardia! en guardia!
- AVELL. Al instante!
- JUAN Seré yo un vil contumaz;
pero nunca fuí capaz
de bajeza semejante.
- OR. Pues bien...
- JUAN A matarnos vamos;
mas no donde os acogí.
Salgamos pronto de aquí,
con mil demonios!
- OR. }
AVELL. } Salgamos
- (Desaparecen los tres por el foro.)

CUADRO SEGUNDO



Calle corta.

ESCENA X

D JUAN, ORSINO, AVELLANEDA.

JUAN Estamos ya.

- OR. (Saca la espada.) Bien, por Dios.
- AVELL. (Sacando la suya y deteniendo á Orsino.)
No tal. Yo soy quien empieza.
- JUAN Para acabar con presteza,
venid á un tiempo los dos.
- OR. Fuera cobarde.
- AVELL. Desleal.
Yo solo matarle quiero;
y...
- OR. (Accediendo.) Vaya, sed vos primero.
- JUAN Como gustéis, me es igual.
(Cruzan las espadas.)
- OR. (A Avellaneda, observando la lucha.)
Firme la espada... A la diestra!
No os precipitéis; con calma...
¡Ahora! Arrancadle el alma..!
- JUAN (Con ironía, no dejando de luchar.)
Cuidad de guardar la vuestra.
(Los dos combatientes se entran luchando, por los bastidores
de manera que solo se ve á don Juan.)
- OR. Avellaneda cayó...!
Muerto! Santo Dios! Que miro?
- JUAN (Con sangre fría.)
Sin exhalar un suspiro.
- OR. Pero en la mano os hirió
- JUAN No importa. Siga la lucha
con vos; no me desconcierto
por poco.
- OR. Date por muerto.
- JUAN Aún no. (Con sorna.)
- OR. Mas, antes, escucha.
Yo no soy quien te figuras;
soy la sombra que te sigue
años há y tenaz persigue
tus crímenes é imposturas.
Yo soy aquel, cuyo cielo
en un momento nublaste,
cuya vida emponzoñaste
dejándola sin consuelo.
Yo soy quien de todas partes
te arrojó continuamente,
é imitando, finalmente,
tus mismas pérfidas artes,
buscando tu trato vino

para enredarte en querellas.
No hay tal capitán Centellas;
yo soy Antonio de Orsino.

JUAN

(Con desesperación.)

Oh! Por ti, querrá el infierno
que esté yo herido en la mano.

(Luchan.)

OR.

Será justicia, villano,
justicia del Dios Eterno.

JUAN

No!

OR.

Lucho, en mi fe constante,
por el honor de mi hermana,
por doña Inés, por doña Ana...

(Hiriéndole.)

Toma. Ya tienes bastante.

(Huye.)

(Caen telones de gasa que oscurecen la escena y uno de ellos vela la figura de don Juan.)

JUAN

(Vacilando y poniéndose la mano en la herida.)

Ay! Ha desaparecido
dejando pendiente el lance...
Espera á que te dé alcance,
oh miserable bandido.

(Vá, tambaleándose, en pos de Orsino.)

CUADRO TERCERO



Obscuridad completa

ESCENA XI

DON JUAN

Huyó veloz como el viento,
perdile en la niebla espesa;
mas casi ya no me pesa,
tan abatido me siento.

¡Oh fortuna, con qué modos
burlas al que en ti confía!
Aquel que á todos vencía,
es ya vencido por todos.
Esto no impide que, firme,
á la cita comparezca.

Mi visión se desvanezca
ó mi ilusión se confirme...

(De súbito volviendo los ojos á todas partes.)

Pero ¿dónde estoy yo? De espesas nieblas
voy envuelto con tardo y flojo paso;
cual mi cuerpo febril, anda al acaso
mi espíritu sumido en las tinieblas...

¿Cómo esta horrible obscuridad evito?

¡Qué impotencia y tormentos más atroces!

(Suenan gritos ininteligibles que se van acercando gradualmente.)

Mas ah! ¿qué claman contra mi estas voces?

VOCES

{ Cruel!

Impio!

Sacrilego!

Maldito!

JUAN

(Tapándose los oídos y vacilando ante el temor y la soberbia.)

Oh!... Llegad. ¿Qué queréis?... Mas no! Cle-
[mencia!

(Queriendo rehacerse.)

¿Qué es de mí? Cuando nunca temí á nada,
esas voces dejaron mi alma helada...

¡Sí! Malhaya mi mísera existencia!

¡Si es que existas, gran Dios, tu nombre in-
[voco!

¡Que tu poder mi pesadilla ahuyente!

¡Luz y paz á mis ojos y á mi mente!

¡Luz y paz! Ay de mí! Me vuelvo loco.

ESCENA XII

DON JUAN, DON GONZALO, DOÑA INÉS, DOÑA ANA

Los tres últimos aparecen como en sombras enmedio de la obscuridad

GON. (Apareciendo.) Don Juan.

JUAN (Sorprendido.) Qué escucho? Ay de mí!

GON. Te ofrezco la paz que ansías.

A mi encuentro tú venías,
y yo al tuyo salgo aquí.

JUAN ¿Sueño yo?

GON. Para librarte
de tu mortal duda fiera,
me permitió Dios que fuera
á tu casa á convidarte.

JUAN (Esforzándose.) Dime, pues me sobra aliento,
si El me absuelve ó me condena.

GON. Por El te invito á una cena
de amor y arrepentimiento.

JUAN No, no me encuentro,—mentira!—
aún en mis postrimerías.

GON. Están contados tus días,
y el plazo ya casi espira.
(Se oyen campanas doblando á muerto.)

JUAN ¡Cuán fúnebre ese tañido!

GON. Es por ti.

JUAN Cómo! ¿A la nada
voy yo?

GON. Mortal estocada
te dió el capitán fingido.

JUAN (Desfalleciendo.)
Qué frío siento en mis venas!
(Eleva los ojos al Cielo.)

¡Por fin llego á comprenderte
gran Dios! ¿Por qué, al conocerte,
matándome me condenas?

GON. Espera en Dios; no vaciles!

JUAN ¡Oh! la cólera divina
me anonada... Fui sentina
de los pecados más viles.

GON. Tus errores desdichados
con fe y duros sufrimientos
lavarás.

JUAN (Con resolución.) ¡Venid, tormentos
merecidos y deseados!

(Con las manos juntas.)
Pongo toda mi confianza
en Dios uno y verdadero...
(Oyese un ruido confuso de voces subterráneas.)

Mas ay! ¿qué tumulto fiero
contra mí pide venganza?

(Aparece doña Inés.)

INÉS Nada temas del infierno.

- JUAN (Vivamente sorprendido.)
¡Cielo santo! Doña Inés?!
- INÉS En este prodigio ves
que te perdona el Eterno.
- ANA (Aparece doña Ana.)
Del cual todo bien dimana.
La mujer que tanto amaste
y la que tanto ultrajaste
rogaron por ti.
- JUAN (Sorprendido.) Doña Ana!
(Dirigiéndose hacia todas partes con vehemencia.)
¡Víctimas mías! perdón!!
- INÉS Los justos te han perdonado,
don Juan, y el verte salvado
colma nuestro galardón.
Cuando tu vida concluya,
mi alma que te abrió el camino,
á los pies del Juez Divino
se postrará con la tuya.
- JUAN (Con abatimiento corporal, pero con grande elevación de espíritu.)
Dios mío yo me arrepiento
de haberte sido traidor.
Yo, que no estimé tu amor,
tu auxilio y tu gracia siento.
Al dar el último aliento,
perdón pido á todo el mundo...
Me hundi6 el orgullo iracundo;
pero es mi mayor tormento
mi desagradecimiento,
crimen vil, el mas inmundado.
¡Ojalá fuere proscrita
de los hombres mi memoria!...
- (Desfalleciendo.)
¡Ay! Acójeme en tu gloria,
Misericordia infinita!!
- (Muere, é inmediatamente lo cubren negros vapores. Desaparecen las tres sombras. Al ruido de las campanas, sucede una música suave y á la obscuridad una luz vivísima y una apoteosis, en cuyo centro aparece en éxtasis doña Inés. Junto á esta apoteosis, en el suelo se halla tendido don Juan.)

FIN DEL DRAMA

Fe de erratas.

Entre las pequeñas erratas que se han deslizado en la impresión de esta obra y que en nada pueden afectar el sentido, corregimos las siguientes:

PÁGINA 19.

Dice: Pues sé, cual bueno es un hecho.

Debe decir: Pues si, cual bueno, es un hecho.

PÁGINA 67.

Dice: Además, yo no lloraba.

Debe decir: Además, yo no llorara.

PÁGINA 77.

Dice: Cabellera y barba lenguas.

Debe decir: Cabellera y harba luengas.



EN PREPARACION DEL MISMO AUTOR

Antología catalana. Poetas del renacimiento catalán traducidos en verso.

Idilio y epitalamio. Drama original en prosa.

Historias nebulosas. Narraciones originales en prosa.

¡Oydá! Novela original (premiada.)

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 1; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Ángel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.